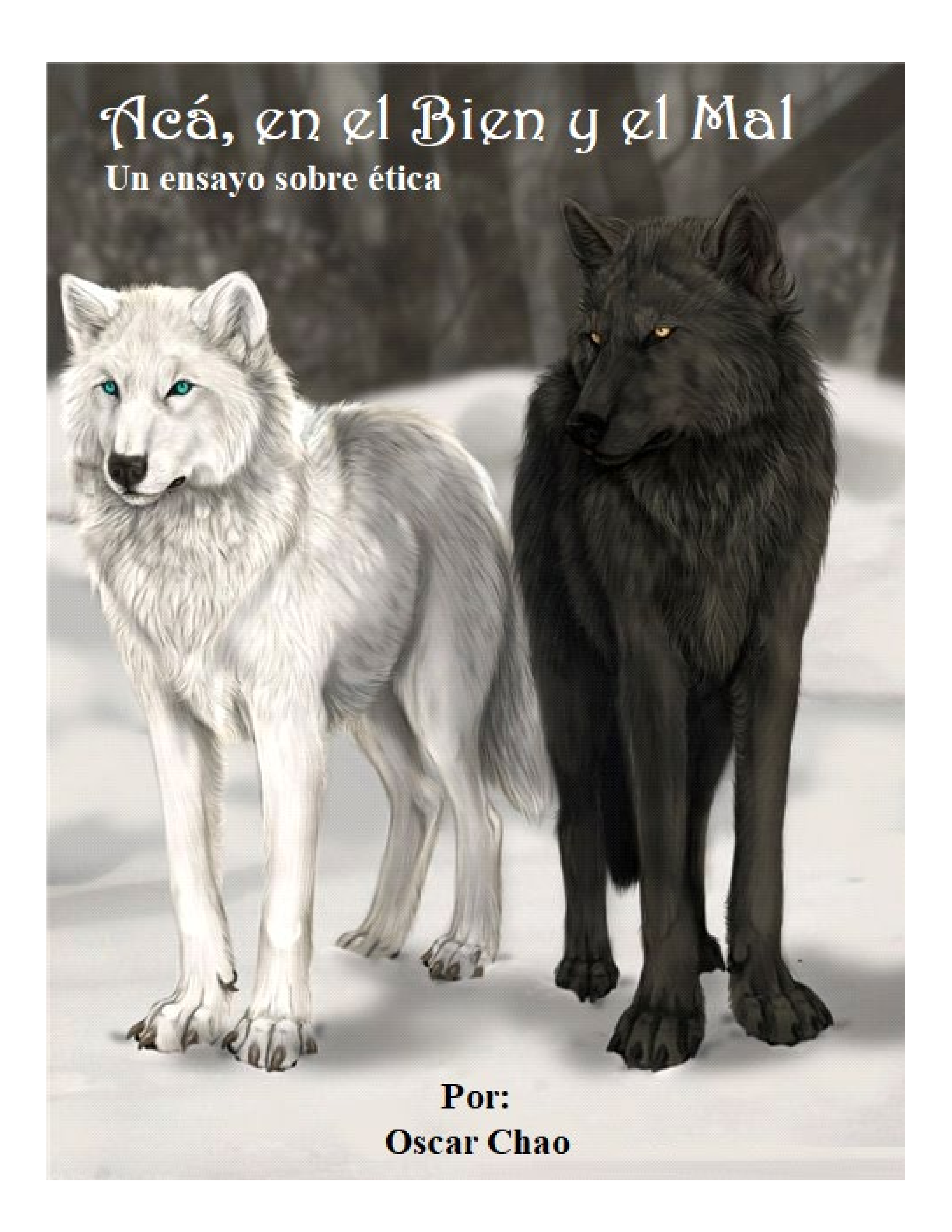


Acá, en el Bien y el Mal.

Este es el primero de una serie de ensayos vinculados entre sí que pienso publicar en los próximos meses. Estos ensayos se complementan y aclaran mutuamente. Sin embargo, no los considero un sistema en sentido estricto.

Los sistemas filosóficos me parecen algo desmedidamente ambicioso o intelectualmente deshonesto. La idea de un conjunto de proposiciones lógicamente consistentes, que

expliquen la realidad en su conjunto de modo definitivo, es algo que pertenece a una etapa primitiva de la filosofía: cuando la razón todavía no había comprendido sus propios límites.

El objetivo de estos ensayos es a la vez más humilde y más ambicioso. Más humilde, porque me propongo un objetivo incomparablemente más modesto que desarrollar un sistema filosófico, el cuál es responder a unas pocas preguntas que han captado de mi atención de modo sostenido. Pero a la vez más ambicioso, porque me propongo responderlas de modo satisfactorio y verdadero.

En este ensayo pretendo responder a la pregunta: ¿Cómo es posible una moral que tenga un valor absoluto sin presuponer ningún postulado religioso? En mi caso particular, esta pregunta está motivada por el hecho de que yo no creo en la existencia de Dios; pero creo que esta investigación puede resultar igualmente interesante para un creyente.

1. Refutación del amoralismo.

Se conoce como “amoralismo” a la filosofía ética que declara que la moral es una ilusión. La expresión filosófica más elaborada del amoralismo la encontramos en Nietzsche, aunque se la puede reconocer en numerosos autores previos. Maquiavelo, por ejemplo, dice que le parece muy bien si un príncipe tiene en cuenta factores morales en sus decisiones, pero que la estrategia en sí es amoral y debe ser analizada como tal. En esa afirmación, la moral aparece única y exclusivamente como algo que se añade al análisis racional de los hechos; pero que no forma parte integral de dicho análisis. La realidad, para Maquiavelo, es esencialmente amoral.

El amoralismo es hoy un postulado tácito en todas las ciencias sociales. Si le preguntan a cualquier sociólogo, antropólogo o economista qué rol ocupan el bien y el mal en sus disciplinas, casi con certeza le responderá lo mismo que decía Maquiavelo de la estrategia. Que un estudio “científico” de los hechos humanos debe prescindir por completo de tener en cuenta factores morales. Que toda valoración o juicio moral es “acientífico” y no puede ser incluido en un análisis “serio” de los hechos reales.

Ahora bien; esta actitud, aunque pretenda ser “racional” y “científica”, no es otra cosa que un dogmatismo filosófico irracional. La doctrina que afirma que los hechos humanos se deben estudiar desde una perspectiva amoralista, partiendo de la afirmación a priori de que el bien y el mal no existen como entidades reales, y son únicamente ilusiones socio-culturales producto de las costumbres, es pseudo-científica. Un verdadero escéptico metódico emprendería su investigación de la realidad abierto, tanto a la posibilidad de que el bien y el mal existan, como a la posibilidad de que no existan. Y vería que hipótesis explica mejor sus observaciones.

Lo que no puede ser observado ni estudiado de modo directo se puede inferir por medio de la observación de sus efectos y la hipótesis más simple que explique las observaciones. Supongamos que queremos estudiar las sombras que proyecta un cubo sobre una superficie plana: a veces observaremos un cuadrado perfecto, pero otras veces

veremos rombos, la mayoría de las veces veremos hexágonos de distintos tamaños y proporciones. Podemos clasificar todas esas figuras y establecer leyes acerca del modo en que se suceden y cómo unas se transforman en otras. Estas leyes serían extremadamente complejas y sólo explicarían una parte de los hechos: todo el tiempo aparecerían nuevas figuras que no habíamos visto antes. Hasta que comprendemos que, lo que estamos viendo, son sombras bidimensionales de un objeto tridimensional. Recreamos el objeto tridimensional que proyecta las sombras y ahora todo es simple, claro y predecible.

El estudio de los hechos humanos basado en el dogma del amoralismo es análogo al estudio de las sombras del cubo: Todo es incompleto y todo es innecesariamente complicado, porque los investigadores se niegan a ver la dimensión ética que caracteriza a los hechos humanos.

El bien consiste en tener en cuenta a los otros al hacer algo, recordar que uno no es la única persona que existe en el universo. El mal consiste en considerar a los otros como bultos que ocupan un espacio y no tenerlos en cuenta para nada. Por lo tanto, para medir el grado de moralidad de una sociedad debemos estudiar una situación típica donde (a) una persona se haya comportado como si estuviese sola en el universo y no existiesen otras personas; (b) las consecuencias de esto sean lo suficientemente importantes como para que se lleve un registro estadístico minucioso de personas que actuaron como si estuviesen solas en el universo. En otras palabras: la tasa de accidentes es un reflejo de la falta de moralidad en una sociedad.

Incluso bajo el dogma del amoralismo, la correlación entre el crimen y los accidentes es demasiado obvia como para no verla. Para explicar esa correlación sin mencionar las palabras tabú “bien” y “mal”, se inventó la “teoría del auto-control”. Por lo pronto, esa teoría omite que muchos crímenes requieren de una gran planificación y disciplina: el crimen organizado, los asaltantes de bancos, estafadores, falsificadores de moneda, sicarios y hasta algunos asesinos seriales requieren de un gran auto-control para cometer sus crímenes. No es eso lo que les falta.

Pero, supongamos que la teoría del auto-control fuera una explicación satisfactoria para la correlación entre los accidentes y el crimen. Hay otras dos correlaciones invariables que esa teoría no explica: las leyes de segregación y la falta de respeto a los no-combatientes.

El término “política de segregación” muchas veces se usa de modo retórico y propagandístico: sin un significado claro ni permanente. Aquí lo uso para referirme a códigos legales que establecen una diferencia entre dos clases de personas por características innatas (sexo, raza, lugar o fecha de nacimiento, etcétera) o por características culturales adquiridas a muy temprana edad en el ámbito familiar (religión, idioma, etcétera). Una ley de segregación establece distintos derechos y obligaciones, distintas penas, distintos procedimientos judiciales y, a veces, hasta distintos tribunales y distintas policías. Tomar un código legal, contar cuantas leyes establecen una diferencia entre dos clases de personas y ver qué porcentaje del código representan; no es algo que implique ningún postulado polémico o difícil de verificar. Hay una correlación directa entre el crimen y las leyes de segregación. Esta correlación es independiente de la severidad

de las penas y de la eficiencia en su aplicación y es independiente de cuál sea el grupo demográfico privilegiado y cual el perjudicado por las leyes de segregación.

Las llamadas “leyes de guerra” no son propiamente leyes: no están sancionadas por un código, ni existe una fuerza policial capaz de imponerlas. Son costumbres, principios morales y pactos entre los combatientes. Ahora bien; esos principios y pactos proceden de un sentimiento básico compartido: “Mi enemigo es esencialmente igual a mí”. Se reconoce la humanidad común y, por eso, se acuerda pelear “como hombres y no del modo en que acostumbran hacerlo las fieras”. Ahora bien; cuando ese principio ya estaba debilitado y era ignorado hasta en tiempo de paz, no se puede esperar seriamente que se lo respete en tiempo de guerra.

Se puede medir fácilmente lo “sangrienta” que es una guerra tomando el número total de combatientes, sumando ambos bandos, y dividiéndolo por el número total de muertos. El número de combatientes es un indicador indirecto razonablemente aproximado de la importancia diplomática de un conflicto, lo que nos permite ver que la cantidad de muertos no implica necesariamente una guerra “grande”: hay guerras donde la cantidad de muertos es desproporcionada a la verdadera importancia del conflicto. Incluso en la batalla más brutal de la que haya registros históricos, el número de muertos es necesariamente una fracción del número de combatientes. Si el total de muertos supera al total de combatientes, eso implica que se ha asesinado a una cantidad numerosa de no-combatientes. El respeto por las leyes de guerra (la más importante de las cuales es la abstinencia de matar a no combatientes) en la política exterior se corresponde de modo directo con el respeto al principio de igualdad ante la ley en la política interior. O, lo mismo dicho de otro modo, los crímenes de guerra son directamente proporcionales a las leyes de segregación. Una sociedad pelea guerras tanto más sangrientas cuanto más injustas sean sus leyes. Y esto, insisto, es algo objetivamente medible y cuantificable. Cuando hablo de lo inmoral que es una sociedad, no estoy enunciando “un ridículo prejuicio religioso que no tiene cabida en un estudio verdaderamente científico de la sociedad”: Estoy diciendo que la razón del número de muertos en una guerra dividido por el número total de combatientes, es directamente proporcional a la razón de leyes que establecen una diferencia entre dos clases de personas, divididas por el total de leyes del código.

Crímenes, accidentes, costumbres perjudiciales para la salud, políticas de segregación y asesinatos de no-combatientes; marchan todos de la mano: se elevan todos a la par o bajan todos a la par. Esto no puede ser explicado por una mera causa psicológica como lo es la “falta de auto-control”. Todos esos hechos son síntomas de una misma concepción defectuosa de la realidad, que lleva a las personas a comportarse de modo perjudicial para sí mismas y para sus semejantes. A esto se lo ha llamado desde siempre el mal.

2. Ni sentimentalismo ni racionalismo.

El sentimentalismo y el racionalismo moral son igualmente insostenibles filosóficamente. Si se funda una moral en los sentimientos; dicha moral será, como lo son nuestros sentimientos, contradictoria, cambiante, manipulable e injusta. Pero, si se intenta fundar la

moral en la razón, y sólo en la razón, nos quedará un sistema perfectamente lógico, pero que flota en el aire como un castillo mágico. Porque la razón sólo nos puede decir si dos proposiciones son consistentes entre sí, pero no si una proposición es verdadera o falsa. Si de una proposición H sabemos que es verdadera, y de otra proposición B sabemos que se sigue necesariamente de H, entonces; podemos inferir que B es también verdadera. Pero, como esta forma de validación requiere de haber establecido previamente otra verdad, la verdad de todo el sistema de proposiciones coherentes y mutuamente necesarias no puede ser establecido por la razón. En la geometría solucionamos este problema estableciendo una serie de verdades que consideramos "evidentes por sí mismas" a las que llamamos "axiomas". Para formular una moral perfectamente racional, por lo tanto, necesitamos establecer un axioma ético. ¿Existe una proposición moral que cumpla con los requisitos de un axioma? ¿Esto es: una proposición que sea evidente por sí misma y cuya negación implique auto-contradicción?

Esto parece un trabajo difícil, porque hasta las candidatas más obvias, como "No matarás", son negadas con frecuencia, incluso de modo masivo y persistente en el tiempo.

Limitaciones del sentimentalismo. La moral no es natural. No existe en ninguna otra especie y sólo existe de modo muy rudimentario, si es que existe, en las culturas humanas primitivas. La moral presupone la capacidad de abstracción necesaria como para imaginarnos a nosotros mismos en las circunstancias de otro ser. La moral, por lo tanto, es un producto de la civilización.

Ahora bien; dado que la civilización sólo ha existido por unos pocos miles de años, y no en todo el mundo, y dado que la evolución de los sentimientos es un proceso extremadamente lento, que puede tomar millones de años; esto nos lleva a la conclusión inevitable de que los llamados "sentimientos morales" no han sido creados por la moral: Esta sólo los encontró y los usó para sus propios fines. La vergüenza, la culpa, el arrepentimiento, la indignación, el orgullo, el honor, la pureza; existían cientos de miles de años antes de que esos sentimientos estuviesen motivados por razones morales. Y, por lo tanto, si existían antes de la moral, pueden existir también al margen de la moral. La arqueología, la Historia y la antropología pueden darnos alguna información sobre las costumbres y creencias de los salvajes; pero el mejor modo de comprender la naturaleza pre-moral de los sentimientos morales es observando la persistencia de esas razones primitivas en el mismo marco de las sociedades civilizadas. El honor y el orgullo existen como signos distintivos de pertenecer a una casta o clase social prestigiosa. La vergüenza o la culpa, como signos de pertenecer a una clase despreciada o de no ser considerado digno de la clase prestigiosa. La indignación aparece como la reacción a ser tratado de un modo que no corresponde a la clase a la que se pertenece y, la pureza, como el valor de mantener a esa clase o casta libre de "contaminación" de las castas inferiores. Ninguno de estos sentimientos se refiere a principio moral alguno y, en algunos casos, los códigos de conducta que se siguen de estos sentimientos son bastante absurdos e irracionales: prohíben vestir de cierto color, comer la carne de cierto animal, escuchar una escala musical, usar cierta arma; todo lo cual recuerda sospechosamente a las prohibiciones absurdas auto-impuestas de los neuróticos. En cuanto al

arrepentimiento, este es un malestar que experimentamos cuando las consecuencias de nuestras acciones resultan ser distintas de las que habíamos previsto. El arrepentimiento moral es sólo un caso particular de esto. Más aún: podemos arrepentirnos de nuestra inocencia, de NO haber hecho algo inmoral cuando tuvimos la oportunidad de ello.

El sentimentalismo moral en estado puro es absurdo, porque lo propio de la moral no son sus sentimientos. Estos existían antes que la moral y siguen existiendo al margen de ella.

Limitaciones del racionalismo. Racionalmente, por todo sistema moral lógicamente posible, existe otro sistema (igual de consistente) cuyos valores son exactamente los opuestos a los del primero.

Si uno dice: "H es bueno y B es malo".

El otro dice: "B es bueno y H es malo".

La razón sólo puede decirnos relaciones necesarias entre dos o más juicios. Por ejemplo: que, si el robo es malo, entonces; la piratería necesariamente es mala, pues esta es un caso particular del robo. Pero la razón es totalmente inútil para juzgar sobre el valor del principio moral que aceptemos como premisa mayor.

El sentimiento por sí solo, el sentimiento indisciplinado, que no sabe a qué prestar atención, es una guía muy pobre para esa tarea. Por eso casi todas las falsas morales apelan a los sentimientos: porque estos son más fáciles de engañar que la razón.

Kant dice que toda máxima de falsa moral "implica auto-contradicción". Y pone como ejemplo de esto las paradojas que produce la aceptación moral del suicidio. Yo creo que esto es verdad para todas las morales falsas, menos para una; que es la oposición sistemática a la verdadera moral: esta es necesariamente tan consistente lógicamente como su opuesta.

Preguntarnos si quisiéramos que nuestro comportamiento fuese adoptado como una máxima general es una estupenda guía PRÁCTICA para saber si lo que estamos haciendo está bien o no. Pero no puede ser adoptado como un criterio objetivo, filosófico, para juzgar sobre el valor de una máxima moral; porque la respuesta a esa pregunta es personal y, por lo tanto, relativa.

EL JOKER: - Yo quiero matar, violar, robar, atormentar a mis semejantes; sembrar el caos y la confusión.

KANT: - Ajá. ¿Y usted quisiera que ese comportamiento fuese adoptado como una máxima general y que todos los demás se comportasen de ese mismo modo?

EL JOKER: - Bueno… pues… Sí.

Kant está viendo el mal única y exclusivamente como un egoísmo racional, olvidando que existe el mal como consecuencia de una perversidad en estado puro: hay gente que sólo

quiere ver el mundo arder. Y, para esa gente, el criterio kantiano para juzgar el valor de una máxima moral no tiene ningún sentido.

Abandonando el falso dilema del sentimentalismo vs el racionalismo. El sentimentalismo moral, como ha sido planteado por la mayoría de sus defensores, cae en el relativismo y, por lo tanto, sus juicios son totalmente arbitrarios. Pero eso se debe a que es un sentimentalismo ingenuo, análogo al realismo ingenuo en la filosofía natural. Lo que necesitamos es una filosofía moral sentimentalista ilustrada o metódica. En esta, el sentimiento no debe juzgar sobre problemas particulares, sino sobre el valor de los juicios morales en sí mismos.

En este sentimentalismo ilustrado, la persona racional deja a sus sentimientos morales decidir sobre menos asuntos y entre menos alternativas. Eso sí: cada vez más importantes. Idealmente, el sentimiento tomaría una única elección y todo el resto se seguiría por lógica.

La razón nos permite rechazar la declaración: "Matar a un hombre es malo, Sócrates es hombre, pero matar a Sócrates es bueno", señalando que es auto-contradictoria. También nos permite reconocer si alguien está usando definiciones arbitrarias de "matar" y/o "ser humano" para evitar artificialmente esa contradicción, y señalar este fraude como una falacia "mover los palos". Pero la razón no puede hacer nada contra la proposición "matar es bueno". Todo lo que puede hacer la razón es señalar que de ella se sigue necesariamente que el exterminio total de la Humanidad sería algo bueno. Y acá es dónde debe intervenir el sentimiento. Es el sentimiento quien rechaza la moral del exterminio de la Humanidad como falsa, y declara que la premisa "matar es malo" es la correcta.

Respondiendo a una objeción. La causa por la que la filosofía ética cayó en la desmesura del racionalismo, que su principal teórico Kant rechaza de modo enfático en su filosofía natural, fue la creencia errónea en que el sentimentalismo lleva necesariamente al relativismo.

“Hay algo que me incomoda mucho en la idea de que la moral se basa en los sentimientos. Porque si la moral está basada solo en sentimientos y en relaciones con otras personas, el modo en que crecimos con nuestros padres y nuestra sociedad: todo eso es relativo. Alguien que tiene diferentes sentimientos, o creció en una sociedad diferente, puede tener un set completamente diferente de valores y deberes morales y, por lo tanto, no es objetivo: es puramente subjetivo”. William Lane Craig.

Voy a pasar por alto la ironía de que el reverendo Craig rechace que el juicio moral se base en sentimientos por la *incomodidad* que le genera esa idea. Lo que me interesa es la expresión clara de la idea, muy extendida, de que subjetividad implica necesariamente relatividad.

El primer postulado de un sistema moral es poético, es una expresión de sentimientos, sí: pero toda persona sana debe tener los mismos sentimientos sobre el tema. Un perro

puede encontrar sabrosos sus excrementos; pero si hace eso inferimos que está enfermo. De modo similar, toda falsa moral es la expresión de un estado patológico de una sociedad, una cultura o un individuo. Lo mismo toda corrupción notoria del juicio estético o del juicio erótico. Ahora bien; lo saludable es sinónimo de adecuado a la realidad. La verdad es solo un caso particular de lo saludable. Decimos correctamente de alguien que razona bien que está "razonando de modo sano" o, de una comida insalubre, que no es "verdadera comida". Y, como existe una sola realidad, solo puede haber una moral verdadera.

En mi opinión, la mala prensa que tiene el sentimentalismo en la filosofía ética se debe en buena medida a que los filósofos sentimentalistas defendieron muy mal su causa. Presentaron al público un hombre de paja. Con la peculiaridad de que este fue hecho por sus partidarios y no por sus detractores, como es lo usual. Hume, por ejemplo, se equivoca al identificar el bien con el placer. Este hedonismo lleva necesariamente al relativismo. Pero el sentimentalismo y el absolutismo son compatibles si se hace del sentimiento del bien y del mal una realidad autónoma. El bien es un sentimiento: pero no es un sentimiento de agrado estético, ni un sentimiento de placer, ni un sentimiento erótico, ni ningún otro: es el sentimiento de que x cosa es buena. Cuando veo a alguien que ayuda a levantarse al que se cayó: no siento placer, ni agrado estético ni me erotiza: siento que eso es bueno. Y este sentimiento debe ser compartido por toda persona moralmente sana en cualquier tiempo o lugar.

3. Salud y enfermedad: Dos conceptos más allá de la "falacia naturalista".

La falacia naturalista se confunde habitualmente con el sofisma típico de las publicidades: "Es natural, por lo tanto, es bueno". Pero no es ese el sentido que tiene esa expresión en Hume, quien acuñó la expresión. La falacia naturalista procede de advertir que no existe ninguna forma válida de inferencia que permita pasar de proposiciones sobre hechos, del tipo: "Todo H es B", a proposiciones sobre deberes. Por lo tanto, ningún argumento de la forma: "A es B, C es D, etcétera; por lo tanto, N debería ser M", puede ser lógicamente válido. No hay ningún modo en que, de todos esos "…es…", pueda inferirse de modo válido ninguna clase de "deber ser".

Como bien observó Durkheim, la clave para establecer lo que debe ser a partir de lo que es hay que buscarla en los conceptos de "salud" y "enfermedad". La salud y la enfermedad se definen por lo que debe ser: Son sanos los fenómenos que son todo lo que deben ser y son patológicos los que no son todo lo que deberían ser. La salud y la enfermedad pertenecen al reino del deber-ser y, sin embargo, SER sano o enfermo es una propiedad objetiva de los fenómenos. Definir un fenómeno como sano o como enfermo no es hacer un juicio de valor al respecto, sino describir lo que el fenómeno ES. Ahora bien; dado es claro como el agua que la salud es preferible a la enfermedad, definiendo que caracteriza a los fenómenos sanos, podemos pasar legítimamente, de la descripción de lo que es, a la prescripción de lo que debería ser.

El asunto es: ¿Cómo establecer esto? Y acá es donde creo que Durkheim desbarrancó. Creyó encontrar un rasgo de lo sano inconfundible y objetivo. A saber: Lo sano es estadísticamente mayoritario. Sus motivos para preferir este criterio a cualquier otro son atendibles y razonables; Durkheim quería establecer un criterio cuantificable e inconfundible, que permitiera confeccionar estadísticas objetivamente válidas. Pero las paradojas empezaron a surgir al intentar aplicarlo:

¿Qué hay de las epidemias?

Durkheim responde que la epidemia es estadísticamente mayoritaria, pero solo de modo relativo, en un pequeño punto del tiempo y del espacio: sigue siendo minoritaria respecto del conjunto de la especie. Lo cual, por regla general, es verdad; pero esto no responde a la cuestión de fondo: ¿En el universo de “The Walking Dead” es saludable ser zombi?

“Normal” es una palabra que significa dos cosas: Significa lo que es adecuado a una norma (standard) y significa el caso más frecuente estadísticamente (distribución normal). La filosofía de Durkheim es en su núcleo una falacia de equívoco. Pasa, de la observación de que algo es el caso más frecuente estadísticamente, a la conclusión de que debe ser también adecuado a los estándares. Lo que no se sigue de modo necesario.

Condiciones como la “situs inversus”, que define a las aproximadamente 1/12.000 personas que nacen con la posición de sus órganos internos invertida, han sido eliminadas de la lista de las enfermedades porque, cito a un médico: “Es absurdo considerar una enfermedad a algo que no representa ningún perjuicio para el bienestar o peligro para la vida de la persona”. Mientras que hay indudables enfermedades que son mucho menos minoritarias que la situs inversus.

Igualmente atendibles son las razones por las que Durkheim rechazó la definición de sentido común de la enfermedad como una condición “que pone en riesgo la vida de quien la padece”. Durkheim observa que la mayor parte de las enfermedades son demasiado tenues para poner seriamente en riesgo la vida de quien las padece y, por otra parte, de acuerdo a esa definición, habría que incluir condiciones como el embarazo dentro de las enfermedades.

Sin embargo, si bien es verdad que la mayor parte de las enfermedades físicas provocadas por virus o la mayor parte de los trastornos neuróticos son demasiado leves para poner en riesgo la vida de quien los padece, de la misma definición de esas condiciones se sigue *a fortiori* que representan ALGÚN peligro para la vida de quien las padece. Una enfermedad viral debilita las defensas naturales del organismo que la padece. Una neurosis es un comportamiento persistente que no se corresponde con la realidad. Por un enfermo de ébola hay diez mil resfriados y, por un asesino serial, diez mil tipos con algún fetiche raro. Pero la diferencia es de grado, no esencial. Y, respecto del embarazo, si bien este pone en riesgo la vida de la mujer embarazada más que la mayor parte de las enfermedades, y es notoriamente absurdo considerarlo una enfermedad, es igualmente claro que, la única diferencia entre un embarazo normal y uno patológico, es que este pone en riesgo la vida de la mujer y la de su hijo MÁS DE LO NECESARIO.

Para distinguir los hechos morales normales de los patológicos necesitamos definir la enfermedad. Nuestra definición de la enfermedad debe cumplir dos requisitos:

Debe convenir por igual a lo mórbido fisiológico, psicológico, sexual, social, estético y moral.

La "enfermedad estética" no suele ser llamada así, pero basta con ver cualquier "obra de arte moderno" para verificar que tal cosa existe.

Si exploramos en la Historia del lenguaje y de la medicina, veremos que las expresiones: “enfermedad de la mente”, “enfermedad sexual” o “enfermedad social”, primero se usaron en sentido metafórico, después se usaron en sentido literal.

Dominada la medicina de la primera Modernidad por una mentalidad materialista y mecanicista, consideraba que una enfermedad no podía ser otra cosa que un trastorno del cuerpo. Un malestar que no era causado por una deficiencia del cuerpo, debía ser, o bien un mero síntoma de un padecimiento corporal, o bien algo que sólo en sentido figurado y por su analogía con las “verdaderas” enfermedades podíamos llamar “enfermedad”. En el siglo XIX, la observación de que la mayor parte de los padecimientos físicos de las histéricas no tenían una causa fisiológica hizo que las enfermedades mentales dejaran de ser “enfermedades” entre comillas. Las enfermedades de la vida sexual se incorporaron automáticamente a las enfermedades mentales y les siguieron poco después las enfermedades sociales. Sin embargo; para la mayor parte de las personas una “enfermedad moral” sigue siendo todavía solo una metáfora. Esto se debe a la creencia dogmática en que el bien y el mal no existen y, lo que no existe, no puede ser nunca la verdadera causa de ningún efecto.

Y debe satisfacer la misma condición que satisfacía la definición de lo patológico como estadísticamente minoritario: Cualquier observador honesto, cualquiera fuesen sus creencias previas, debería poder verificar de modo inconfundible si un hecho pertenece al orden de los normales o al de los patológicos, de acuerdo a la definición acordada.

Con esto en mente, volvamos a la definición del diccionario: Son sanas las cosas que son todo lo que deben ser y patológicas las que no son todo lo que deberían ser. Claramente, debemos convertir ese "deber ser" en alguna clase de "ser" para poder verificar esto en la realidad. No podemos observar un "deber ser": Necesitamos reconocer alguna propiedad de una cosa que esté indisociablemente unida a todos los hechos que no son todo lo que deberían ser.

Para esto, voy a enunciar tres postulados que son fácilmente verificables en los seis órdenes de hechos mencionados: los físicos, los mentales, los sexuales, los sociales, los estéticos y los morales:

Postulado 1: *Toda cosa tiende naturalmente a ser lo que debe ser.*

Por "naturalmente" entiendo que, si no interfiere una causa violenta externa, toda cosa se desarrollara por su propio impulso desde una menor a una mayor perfección. El organismo tiende a realizar mejor las acciones que requiere su supervivencia y

reproducción, la mente tiende a desarrollar la inteligencia y sublimar los afectos, la sexualidad tiende a la unión con miembros saludables del otro sexo en edad de reproducirse, la sociedad tiende a la justicia y el amor, el arte tiende a la belleza y la moral tiende a la realización de lo que debe ser el vivir. Estas tendencias son análogas a la inercia en el orden físico: No tienen, ni necesitan, un agente causal: Si nada les impide ser, eso es lo que serán.

Postulado 2: *Toda cosa que ha sido apartada de sus tendencias saludables por una causa violenta externa, tiende a regresar a su tendencia natural a ser lo que debería ser tan pronto como cesa la fuerza violenta que la había apartado de ella.*

La enfermedad del cuerpo causada por un germen es el mejor ejemplo de esto: Tan pronto como desaparece el germen, el cuerpo suele recuperar la buena salud en poco tiempo.

Postulado 3: *La tendencia natural de toda cosa a ser lo que debe ser ofrece una resistencia a la fuerza violenta externa durante todo lo que dure el estado anormal, no pudiendo cesar esta resistencia más que con su triunfo sobre el enemigo o con la destrucción o muerte de la cosa.*

Podemos extraer de estos tres postulados un criterio inconfundible para distinguir lo normal de lo patológico: En toda cosa que no es todo lo que debería ser existe una fuerza continua y violenta que la aparta de su tendencia natural a ser lo que debería ser, fuerza contra la cual dicha tendencia natural opone una resistencia igualmente continua y violenta. Los indicios que nos permiten confirmar que este es el caso o no varían según el orden de hechos específico; pero en todos los casos, dichos indicios son obvios como un elefante en una habitación: Solo con una notoria mala fe alguien puede fingir que no los está viendo.

4. Sofismas de lo patológico.

La enfermedad del cuerpo tiene una peculiaridad que la distingue de las otras formas de lo patológico: Los gérmenes no hablan. La agresión externa al organismo y las reacciones defensivas de este operan por completo al nivel de la física y la química. Las enfermedades mentales, sexuales, sociales, estéticas y morales, en cambio, están acompañadas invariablemente de un discurso. Ese discurso puede ser extremadamente distinto en cada caso y hasta de un individuo a otro, pero tiene siempre el mismo propósito: El patógeno intenta desviar la atención de sí mismo, estableciendo una relación causal falsa que lo presente como inocente de la enfermedad. O incluso se presenta de modo fraudulento al patógeno como si fuese un remedio.

La esencia de la locura; sea esta individual o de un grupo social; es una violencia que deja de ser percibida como tal. Por lo tanto, toda falsa moral es efecto de una violencia que ha dejado de ser percibida como lo que es realmente.

5. Fundamentos de la moral absoluta.

Absolutismo y relativismo no son filosofías, sino TIPOS de filosofías. Incluso limitándonos al campo de la filosofía ética, no hay ni un solo absolutismo ni un solo relativismo moral.

Todo lo que es, o es en sí, o es en otra cosa. Absolutista es quien piensa que la cosa en cuestión es en sí; mientras que el relativista piensa que es en otra cosa. Dicho de otro modo: el absolutista cree que se puede responder a la pregunta: ¿Qué es esto? Sin referirse a más nada que ese “esto” en cuestión. Mientras que el relativista cree que es necesario conocer alguna otra cosa para responder a esa pregunta.

Toda filosofía absolutista considera que su sistema de valores (sean dichos valores estéticos, morales, epistemológicos, etcétera) es único, universal y eterno. Porque la existencia de dos absolutos, o de un absoluto limitado en el tiempo o el espacio, lleva a paradojas y consecuencias absurdas. Todo relativismo, por su parte, implica la posibilidad (aunque no necesariamente la realidad) de la multiplicidad; pues, si se modifica aquello a lo que es relativo el sistema de valores en cuestión, este se modificará necesariamente en consecuencia.

El sistema de valores absoluto es único porque es absoluto: no es absoluto porque sea único. Una filosofía puede postular un sistema único y, sin embargo, ser relativista.

Proposición 1: *No puede existir más que una moral verdadera.*

Demostración: Supongamos que hubiese dos morales igualmente válidas P y Q. Si ambas rigen sobre los mismos hechos y establecen los mismos preceptos; entonces, son una sola y la misma. Y si ambas tienen una "jurisdicción" propia: limitadas a distintos hechos; entonces, tiene que haber una tercera moral R que decida cuándo se debe aplicar la moral P y cuando la moral Q. Ahora bien; R tiene que ser única e inapelable, por lo que el sistema RPQ sería en realidad una sola moral, no tres. Por lo tanto, el total de morales verdaderas que pueden existir sin auto-contradicción es 1 ó 0. Pero no más de 1.

Proposición 2: *La verdadera moral no puede tener más que un principio fundamental y este no puede admitir excepciones.*

Demostración: Supongamos que tuviese al menos dos: H y B. Si de H y de B se pueden inferir todas las mismas consecuencias, entonces no son dos principios, sino uno y el mismo. Y si de H se siguen consecuencias distintas que de B, entonces hay una contradicción entre H y B. Tiene que haber un hecho cualquiera X que para H sea "bueno" y para B sea "malo"; al mismo tiempo y en el mismo sentido de bueno y malo, lo cual es absurdo. Una moral con dos principios son en realidad dos morales mezcladas y, de acuerdo a la proposición 1, las dos no pueden ser verdaderas.

Lo mismo ocurre cuando se hace una "excepción" moral. Quien afirma: "X es malo, pero en este caso particular no lo es, esta es una excepción" está de hecho suscribiendo dos morales o una moral con dos principios contradictorios: una moral explícita, que es de la que se sigue el principio general que se considera bueno, y una moral tácita, implícita en

el caso excepcional. Y las dos no pueden ser ambas verdaderas. Lo mismo dicho con otras palabras: En moral no hay excepciones.

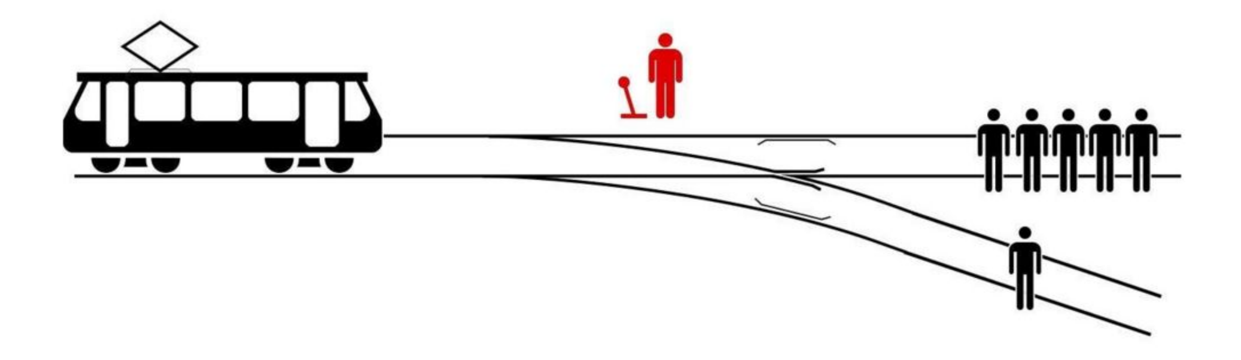
Proposición 3: *La razón pura no puede identificar la verdadera moral sin auxilio del sentimiento.*

Demostración: La verdadera moral es como una geometría que se compone de un principio fundamental más todas sus implicaciones derivadas por lógica. El contenido de dicho principio no me interesa de momento: ese principio podría ser "matar está mal" o cualquier otro. Baste con que esa es su forma. Si una persona afirma algo contradictorio con ese principio, incurre en general en auto-contradicción. Sin embargo; la moral que parte del principio exactamente opuesto a ese (digamos: "matar está bien") y saca todas sus consecuencias con rigor lógico, en ningún momento incurre en auto-contradicción. Del mismo modo en que sobre la proposición "el calor contrae los cuerpos" se podría construir una física tan compleja y rigurosa como la que se corresponde con la realidad, sobre la proposición inversa a la que define el verdadero principio de la moral se puede edificar una moral tan coherente como su inversa. La "razón pura" no puede elegir una u otra. En un caso es la experiencia sensible la que nos dice que vivimos en un universo donde el calor dilata los cuerpos; en el otro, es el sentimiento el que toma partido por un sistema u otro.

6. El absolutismo moral ante el dilema del tranvía.

El “dilema del tranvía” se ha vuelto muy popular en la filosofía ética por dos razones: Las respuestas extremadamente distintas que da la mayor parte de las personas ante ligeras variantes del mismo; y el hecho de que casi cualquier filosofía ética se puede explicar cómo una respuesta peculiar al dilema del tranvía.

Un tranvía fuera de control avanza por una vía y va a arrollar a cinco personas. No podemos detenerlo y no tenemos tiempo de alertar a las personas en la vía, pero hay una palanca con la cual podemos desviar el tranvía a una vía lateral. Esto tiene un inconveniente: En esa vía lateral hay una persona, la cual será arrollada si accionamos la palanca.



La mayoría de las personas dicen que lo correcto sería accionar la palanca. Pero, al ser presentados con una variante cualquiera del mismo dilema, responden que no.

Todos los análisis del dilema del tranvía que he visto me parecen erróneos. Y me parece que fallan todos por la misma razón: Ven en el dilema del tranvía un conflicto inexistente entre la “moral de los sentimientos” versus la “moral racional”. Pero yo no veo en ese dilema otra cosa que un razonamiento incorrecto.

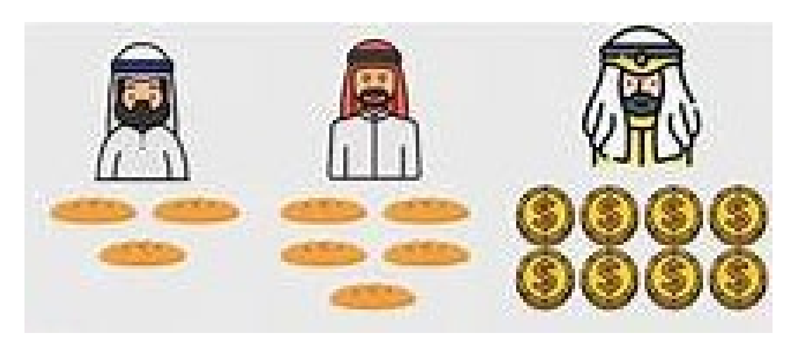
En el dilema del tranvía no se debe accionar la palanca. Esta es la respuesta correcta. Punto.

Y, por cierto, esa afirmación es esencialmente distinta de: “Yo no accionaría la palanca”. No tengo la menor idea de lo que haría yo en una situación de stress extremo como esa. Lo que sí sé es que yo NO DEBERÍA accionar la palanca si estuviese en esa situación, que es algo muy distinto.

Tanto desde la vereda del sentimentalismo como desde la vereda del racionalismo nos dicen que accionar la palanca es una “decisión racional”; pero, ante las variaciones del dilema: ¿Qué pasa si no hay una palanca, sino un hombre obeso arriba de un puente? ¿Qué pasa si la persona en la otra vía es tu madre?; la gente “decide emocionalmente”. Pero yo no veo esto. Yo veo que, en el dilema del tranvía standard, la mayoría de las personas caen en una trampa de la razón. Toman el atajo mental: “Es mejor que muera una persona y no cinco”. Pero, ante otra variación del mismo dilema, ese error del juicio desaparece. Esto no es “razón versus sentimientos”; es razonamiento correcto versus razonamiento defectuoso. Y nada más.

Que, en el dilema del tranvía, no se debe accionar la palanca es una verdad contra-intuitiva. Las matemáticas están llenas de problemas así: Al oír el planteo del problema, se nos presenta de modo automático en la mente una solución que nos parece “obvia” o, al menos, creemos que la respuesta correcta no debe estar muy lejos de esa primera intuición. Por lo que, al oír la respuesta correcta, nos asombramos de lo mucho que le erramos. Pongo un ejemplo de verdad matemática contra-intuitiva:

Andrés, Beto y Cesar almuerzan juntos. Andrés llevó 5 panes. Beto llevo 3 panes. Con 8 panes pueden comer 3 personas. Cesar no llevó ningún pan, pero llevo 8 monedas. Cesar se ofrece a pagar las 8 monedas por compartir el almuerzo en partes iguales: dándole a cada uno lo que le corresponda por la parte que ha tomado de sus panes. Andrés y Beto aceptan. Y entonces Cesar le da 7 monedas a Andrés y 1 sola moneda a Beto.



Ahora bien; la razón por la que este problema es sorprendente es porque tomamos el atajo mental de: “Andrés llevó 5 panes y debe recibir 5 monedas; Beto llevó 3 panes y debe recibir 3 monedas”. Pero, cuando sacamos la cuenta, vemos que Cesar les pagó a ambos lo justo.

El dilema el tranvía es una trampa mental un poco distinta, pero procede de la misma forma perezosa de razonar. Es una verdad moral contra-intuitiva.

Por cierto: la facilidad con que se acepta que no hay una respuesta objetivamente válida al dilema del tranvía, es una buena muestra de la tendencia a aceptar como válidos argumentos a favor del relativismo moral, que no se considerarían válidos en ningún otro asunto. Si, ante un problema de matemáticas, dos personas dan dos respuestas distintas, nadie dice que uno “está diciendo la respuesta racional, el otro, la respuesta emocional”, o que “ninguna respuesta es más ni menos correcta, todo es cultural y nada tiene importancia”, ni que “el problema no dice realmente nada sobre panes y monedas, lo que hace es revelar qué clase de persona sos vos en tu interior”. No. Todo el mundo dice, correctamente, que al menos uno de los dos está necesariamente equivocado.

7. Respuestas a cinco objeciones frecuentes en contra del absolutismo moral.

Quizás la más común sea que es una idea religiosa. O que implica necesariamente postulados de naturaleza religiosa.

En mi opinión los ateos modernos que rechazan la moral porque no aceptan el fundamento religioso de la moral cometen un error análogo al que cometieron los ateos de la antigüedad al rechazar que hubiera leyes naturales porque no creían en las explicaciones mitológicas de las leyes naturales. El universo no tenía ningún orden ni regularidad, nos decían: el azar lo regía todo y buscar las leyes que regían la naturaleza era buscar algo que no existía.

Los ateos modernos no han repetido este error en su filosofía natural, en la que aceptan mayormente los resultados de la investigación científica (la cual, como bien observó el historiador Mircea Elíade, es en su núcleo una actividad esencialmente religiosa). Pero, al pasar a la filosofía ética, se limitan a repetir las mismas tonterías de los epicúreos acerca del “contrato social” o la “utilidad racional” (y eso en el mejor de los casos)

Con mucha frecuencia se confunde el relativismo moral con la variación de las circunstancias. “Lo que es bueno en unas circunstancias puede ser malo en otras circunstancias distintas”, nos dicen. Creyendo haber refutado de modo contundente el absolutismo moral.

El problema es que eso no es el relativismo moral: Todo relativismo moral, lo que afirma es que una misma cosa, dadas todas las mismas circunstancias, puede ser buena y mala al mismo tiempo y en el mismo sentido de “buena” y “mala”. Esto es la negación misma de la lógica.

Otras personas, más que un argumento filosófico, expresan su desagrado por el absolutismo moral diciendo que les parece una idea autoritaria.

Puedo comprender esta actitud porque, cuando me empecé a interesar en las cuestiones filosóficas, me sumé yo también a la moda del relativismo sin pensarlo demasiado.

Lo primero que me hizo advertir que algo andaba mal con esa doctrina no fue un argumento teórico, sino un hecho histórico: Diógenes de Sínope, uno de los hombres más libres que hayan existido, no era relativista. Tampoco lo fue Sócrates. Ni lo es la Antígona de Sófocles. Por el contrario: son los relativismos los que proceden invariablemente de filósofos demasiado amigables con algún tirano.

Sé perfectamente que esto no son más que argumentos ad verecundiam y ad hominem. Lo único que me interesa señalar es que los hechos muestran un patrón que es el opuesto al que se suele creer.

Años después comprendí que, debajo de la charlatanería “liberadora” de sus propagandistas, lo que el relativismo moral afirma realmente es que los poderosos pueden convertir el mal en bien, la mentira en verdad o la fealdad en belleza. Todos los Voltaire, los Sartre, los Friedman, las Rand, los Freire, declaran pomposamente en sus libros: “Dios es un tirano”, al mismo tiempo que se arrastran como gusanos a lamer las botas de algún tirano cualquiera y lo llaman “Dios”. Por el contrario, solo la doctrina que dice que hay “leyes que están por encima de las leyes y tus decretos no pueden cambiarlas”, es el único camino auténtico a la verdadera libertad.

Algunas personas parecen creer que la moral absoluta es el “promedio” de las morales. Esta parece ser de hecho la opinión de algunos que se definen como absolutistas. Es el bien lo que la mayoría juzgue que es el bien y el mal se identifica con las opiniones minoritarias, nos dicen.

Esta idea puede tener uno de dos orígenes: (a) O bien creer que la mayoría no puede equivocarse. O (b) creer que el juicio mayoritario crea el bien y el mal. Pero, si este es el caso, la mayoría podría cambiar de opinión y convertir el mal en bien y viceversa. Esta doctrina es en el fondo relativista.

Por último, se suele afirmar que, si el absolutismo moral es correcto, no deberían existir diferencias culturales. Tendríamos que encontrarnos en todo tiempo y lugar el mismo sistema moral, expresado con exactamente las mismas palabras.

Bueno: hasta cierto punto, eso es lo que hemos encontrado en la realidad. El dogma del relativismo cultural se sostiene en exageraciones de las diferencias reales, descripciones tendenciosas, mentiras, hechos sacados de contexto y leyendas tratadas como si fuesen hechos rigurosamente documentados. Las diferencias culturales existen; pero, si el

relativismo moral fuese verdadero, un libro de Historia sería algo tan loco como un episodio de Rick y Morti.

Como sea: Existen diferencias culturales y cambios a lo largo del tiempo. ¿Cómo se explica esto en el contexto de la filosofía ética del absolutismo moral?

Pues, simplemente, aceptando que somos seres imperfectos y nuestro conocimiento de la moral única, universal y eterna es imperfecto.

Vemos que, en la Historia de la filosofía natural, se pasó del modelo terraplanista al geo centrista, de este al copernicano y de este a la cosmología moderna. Sin embargo, nadie cree que la Tierra haya cambiado de forma ni los planetas se muevan hoy de modo distinto a causa de estos cambios. En ese caso se admite sin problemas que lo que cambió es nuestro conocimiento imperfecto de la realidad, no la realidad.

Algunos de estos cambios pueden describirse como progreso o decadencia. Otros pueden ser considerados diferencias de "estilo", análogos al desarrollo desparejo que han tenido distintas civilizaciones en diferentes aspectos de la filosofía natural. Unas civilizaciones producen grandes teóricos, otras, grandes observadores, otras tienen grandes arquitectos, otras, una medicina notable, etcétera. De modo análogo, la dimensión ética de la realidad es una y la misma, eterna y universal, pero unas culturas han profundizado más en algún aspecto de ella que otras. Pero esto no implica la relatividad del bien y el mal. Es solo una relatividad en nuestra ignorancia respecto del bien y el mal.

8. Lo bueno, lo bello y lo verdadero: Tres universales subjetivos.

El bien y la belleza tienen en común ser universales subjetivos. Por regla general asumimos que la subjetividad implica la relatividad, sea del "gusto" o la "cultura". Viceversa: asumimos que, si algo tiene existencia objetiva, necesariamente existe en sí y por sí mismo. Por eso, de modo coloquial, y hasta en algunos textos de filosofía, usamos los términos "objetivo" y "absoluto", "subjetivo" y "relativo", como si fuesen sinónimos. ¿Cómo puede algo subjetivo tener un valor absoluto?

La respuesta a esta aparente paradoja es que, tanto el bien como lo bello, son valores. Como seres que valoran, estamos expuestos a todos los caprichos de la subjetividad: el modo en que fuimos educados, toda clase de reflejos condicionados, la costumbre y hasta diferencias fisiológicas como el sexo o la especie. Pero aquello que determina el valor existe por sí mismo, con total independencia de nuestra opinión subjetiva al respecto. En el caso de la moral, lo que determina el valor de una cosa o una acción es el valor de la vida de los otros seres dotados de razón y consciencia con los que compartimos el mundo. En el caso de la estética, es la adecuación de una cosa a su propósito o causa final. El ejemplo más obvio de esto es la belleza física, en dónde belleza y salud son sinónimos. Todo lo sano es bello y todo lo bello es sano. Ahora bien; dado que preservar y enriquecer la existencia de los seres vivos es la causa final del bien, todo lo que sea

adecuado a esa causa final será bello y, todo lo inadecuado, feo. De aquí se sigue que el mal es necesariamente feo.

Hay artistas que han intentado representar la belleza del mal, la belleza de la enfermedad o (el último grito de la moda) la belleza de la perversión sexual. Todos fracasaron de un modo tan completo como si pretendiesen dibujar los ángulos del círculo o pintar la blancura del negro. En el mejor de los casos, en obras como "Las flores del mal", de a ratos hay belleza y de a ratos maldad. Formando un centauro que mezcla dos naturalezas incompatibles entre sí.

La belleza de una obra de arte incluye otra paradoja sólo aparente:

El arte se define por su inutilidad. Todo arte es inútil, pero no todo lo inútil es arte: Hunter Biden no es una obra de arte. Pero, así como para comprender la naturaleza del bien y la de la belleza tenemos que distinguir claramente entre lo relativo y lo subjetivo, términos que coloquialmente usamos como si fuesen sinónimos; para comprender la belleza de una obra de arte tenemos que distinguir claramente entre la finalidad y la utilidad: otros dos términos que coloquialmente solemos usar como si fuesen sinónimos.

Si toda cosa se define por su finalidad y el arte se define por su inutilidad, entonces; necesariamente la finalidad de una obra de arte es ser inútil. El arte, por lo tanto, no solo puede ser bello "a pesar" de ser inútil: es imprescindible que sea inútil para ser bello.

Cuando un instrumento está estupendamente adaptado a su propósito, decimos en sentido figurado que "es una obra de arte"; pero, en sentido estricto, una obra de arte no puede tener un propósito funcional. Y esto es demostrado por el absurdo de modo involuntario cuando, por una mala teoría estética, se quiere volver "útil" al arte: la propaganda es fea, las cariátides son feas, los mascarones de proa de los barcos son feos, las decoraciones "artísticas" de un instrumento funcional en el mejor de los casos no lo arruinan. La razón de esto es que la utilidad es incompatible con la finalidad propia del arte y, por lo tanto, contraria a su naturaleza.

Lo mismo que de lo bello puede decirse de lo verdadero. Una proposición es subjetiva, porque el significado de las palabras, las reglas de la sintaxis y la gramática, los sutiles matices de la etimología, etcétera; solo existen en las mentes de las personas que hablan. Pero su adecuación, o no, a la realidad es una propiedad objetiva. Decimos acertadamente que, quien razona de modo adecuado a la realidad, está "razonando de modo sano" y que, la comida insalubre, "no es verdadera comida". Porque la salud (y, por lo tanto, el bien y la belleza) y la verdad son dos formas de la misma cosa.

9. Fundamentos de una moral "provisoria para siempre".

René Descartes identificó claramente un problema fundamental de la filosofía ética: Mientras que, en la filosofía natural, puedo suspender de modo indefinido mi juicio acerca de algún asunto sobre el que no tengo una certeza total. Y puedo morir sin saber si la materia oscura existe realmente o no, por ejemplo, sin que ello me haya perjudicado

nunca en nada. En cambio, no puedo hacer lo mismo con los asuntos de los que se ocupa la filosofía ética. Acá necesito tomar decisiones y actuar de modo resuelto, incluso si no estoy convencido de la verdad de ningún código moral.

Pero Descartes falla en creer que lo que necesitamos es una “moral provisoria” basada en el escepticismo, por la que nos regiremos hasta disponer de nuestra “moral definitiva”. Esta propuesta suena superficialmente racional, pero, si la pensamos un poco, veremos que no tiene sentido.

Yo poseo algún conocimiento acerca de lo que es el bien y lo que es el mal. Y tengo cierta confianza razonable en que ese conocimiento es adecuado a la realidad. Ciertamente no una certeza total, especialmente en lo que respecta a los asuntos más complejos u oscuros, pero sí algún grado de certeza. Estoy abierto a aceptar que, lo que creía erróneamente que era bueno, en realidad era un mal. O viceversa. Pero, mientras tanto, no tengo ninguna guía mejor para la acción que mi mejor conocimiento actual acerca del bien y el mal.

Pero entonces viene Descartes y me dice que debería comportarme de acuerdo a una moral escéptica, que me parece mucho más dudosa todavía, de modo “provisorio”. ¿Por qué? Eso es como si alguien que espera recibir el vestido más hermoso del mundo el mes que viene, saliese provisoriamente a la calle envuelto en una bolsa de papas. ¿No es más razonable que se ponga mientras tanto la mejor ropa que tenga, así esta sea inferior a la que espera recibir?

Necesitamos establecer una serie de máximas por las que vamos a regirnos y por las que vamos a tomar decisiones que tendrán un efecto decisivo sobre nuestra propia vida y sobre las de otros. Pretender que ese código es solo “provisorio” no sirve para otra cosa que para que no nos tomemos esa tarea con la seriedad que tiene y que merece.

Quien debe edificar una cosa definitiva en borrador y sin conocimientos teóricos, no necesita ser moderado, ni tolerante ni compasivo: Necesita ser prudente. Como los edificios levantados por las primeras civilizaciones, que tienen muchas más columnas de las necesarias. Porque, ante la duda, siempre es mejor levantar columnas superfluas a que todo el edificio se venga abajo. Con esta misma actitud, nuestro código moral: (i) tendrá la menor cantidad posible de principios, idealmente sólo uno, (ii) solo tendrá principios acerca de los que no tengamos el menor margen de dudas, (iii) aceptaremos todo lo que se siga necesariamente de esos principios, (iv) no aceptaremos excepción alguna y (v) será totalmente neutral en lo que respecta a toda cuestión de filosofía natural o religión.

La neutralidad respecto de toda cuestión de filosofía natural o religión puede parecer un postulado escéptico, pero no lo es. Si un sistema de moral sólo funciona si Dios existe, o si el universo es finito espacialmente, o si es infinito temporalmente, o si tienen razón los biólogos que afirman que los humanos evolucionamos de cierto modo; ese sistema es necesariamente relativista. Es absoluto lo que es en sí y no necesita de ninguna otra cosa para ser; y es relativo lo que no es en sí y necesita de alguna otra cosa externa a sí misma para ser. Si un sistema de filosofía ética postula que la moral no es en sí, sino que

su existencia depende de la verdad de algún postulado cualquiera de religión, metafísica o filosofía natural, dicho sistema es relativista por definición.

Tomemos por ejemplo la afirmación: “Matar es malo. Dios lo prohíbe”.

Esa afirmación requiere una aclaración imprescindible:

¿Dios prohíbe matar porque matar es malo? ¿O matar es malo porque Dios lo prohíbe?

La gran mayoría de los creyentes responden a esta pregunta diciendo que Dios prohíbe matar porque matar es malo. Aunque la otra respuesta tiene también algunos defensores.

Si Dios prohíbe matar porque matar es malo, entonces; matar sería malo de todos modos, aunque Dios no lo prohibiese. Y, si matar es malo con independencia de que Dios lo prohíba o no, entonces; matar es malo con independencia de que Dios exista o no.

Y, si matar es malo porque Dios lo ha prohibido, entonces; matar sería bueno si Dios lo ordenase. Lo mismo que robar, violar, esclavizar, canibalizar, etcétera. En este caso “malo” no significaría otra cosa que “prohibido por Dios” y, “bueno”, “ordenado por Dios”. Pero, como eso no es lo que entendemos la gran mayoría de las personas por “bueno” y “malo”, lo que esa doctrina afirma es que, en el sentido ordinario de las palabras, el bien y el mal no existen.

En el primer caso, Dios es superfluo y, en el segundo, insuficiente.

De modo similar se puede refutar todo sistema moral que dependa de la verdad o no de alguna hipótesis cualquiera de metafísica o de filosofía natural.

El principio más obvio que se me ocurre es "matar está mal". Ningún otro me inspira menos dudas. Ahora bien; matar no es tanto privar a alguien de su vida como privarlo de su conciencia. Si fuese posible matar a alguien sin privarlo de la conciencia; entonces, el homicidio sería moralmente indiferente: como los huéspedes del Walhalla, que luchan y se destripan mutuamente por diversión y al final del día cenan juntos. Este es un matiz que no solemos hacer porque, en el mundo real, no es posible privar a alguien de la vida sin privarlo necesariamente de la consciencia. Sin embargo, es importante señalar QUE es lo que está mal en el homicidio, porque ese matiz es importante para algunas inferencias lógicas.

10. Código moral basado en esos principios.

Norma 1: Matar está mal.

Matar es algo esencialmente malo. Por lo tanto, toda forma de homicidio está mal. Quien sea la víctima y quien el asesino, que arma se use, cuales sean sus motivos y circunstancias, etcétera, son solo cuestiones accidentales y, por lo tanto, no cambian la cuestión esencial.

Norma 2: Lo que se conoce con el eufemismo de "aborto" es una forma particular de homicidio. Su inmoralidad se sigue por lógica de la inmoralidad general del homicidio.

Norma 3: El suicidio es una forma particular de homicidio. Su inmoralidad se sigue por lógica de la inmoralidad general del homicidio.

Norma 4: La pena de muerte es una forma particular de homicidio. Su inmoralidad se sigue por lógica de la inmoralidad general del homicidio.

Norma 5: Lo que se conoce con el extraño eufemismo de “suicidio asistido” es un caso intermedio de homicidio y suicidio. Su inmoralidad se sigue necesariamente de la inmoralidad del suicidio y de la del homicidio.

Norma 6: La esclavitud es, en palabras de sus mismos defensores, "una ejecución perpetuamente aplazada". Por lo tanto, su legitimidad depende necesariamente de la de la pena de muerte. Incluso si aceptásemos esta definición, la cual es extremadamente dudosa, su inmoralidad en particular se seguiría por lógica de la inmoralidad de la pena de muerte en general. Pero no tenemos por qué aceptarla.

La esclavitud, lo mismo que el homicidio, priva a una persona de su consciencia. Quien pierde su libertad es privado de todas las acciones que consideramos propias de un ser vivo consciente de sí mismo: decidir que pensar, a dónde ir, que hacer, que decir. La esclavitud equipara a una persona con un objeto inanimado. Ahora bien; eso mismo es lo que hace la muerte. Por lo tanto, no tiene sentido ningún código moral que repudie el homicidio, pero justifique otra cosa que tiene sus mismos efectos.

Norma 7: La violación, el asalto, el secuestro, la reducción a servidumbre, la prostitución forzada, el abuso de menores, y muchos otros hechos que las leyes separan y reparten en numerosas figuras distintas; son en realidad todos casos particulares de lo mismo. Esclavitud. Esclavitud restringida en el tiempo, o en el espacio, o ambas cosas, o esclavitud limitada a un único aspecto de la vida de la víctima. Viceversa: la esclavitud es la suma de todos los crímenes particulares: es secuestro en todo el territorio, violación perpetua, robo total, corrupción de menores sistematizada, etcétera. La inmoralidad de todos los crímenes que priven de la libertad a su víctima se sigue por lógica de la inmoralidad de la esclavitud, pues en la parte no puede haber nada que no esté en el todo.

Norma 8: "Robo" es una palabra que significa muchas cosas distintas, no todas ellas inmorales. Pero quedarse con el producto del trabajo de un hombre es una forma de esclavitud indirecta. El ladrón, en vez de amenazar con la violencia a un hombre para que trabaje para él, lo deja trabajar creyendo que lo está haciendo para sí mismo y, después, lo amenaza con la violencia para que le entregue el fruto de su trabajo. Cambia la táctica: no la esencia del asunto.

Norma 9: La guerra es bandolerismo a gran escala. Su inmoralidad se seguiría por lógica de la inmoralidad del robo; incluso si la guerra no implicase de modo necesario, además, cometer una cantidad importante de homicidios.

Norma 10: Lo mismo que dijimos del robo puede decirse de la mentira. El mentiroso se diferencia de otros criminales en su táctica, no en sus objetivos. El estafador, el falsificador de moneda, etcétera; son ladrones con un modus operandi distinto y nada

más. Lo mismo con respecto a los mentirosos cuyo objetivo es otro que el dinero. El violador más infame de la Historia, el rey Tarquino, por ejemplo, se valió del engaño y no de la fuerza para cometer su crimen.

La mentira es un medio para privar a otra persona de su capacidad para pensar, decidir y actuar libremente. En otras palabras, la mentira es un caso particular de la esclavitud. Su inmoralidad en particular, por lo tanto, se sigue necesariamente de la inmoralidad de la esclavitud en general.

Por cierto, esto implica que mentir *siempre* es inmoral: Niego que existan las llamadas "mentiras blancas", las cuales son excepciones; y las excepciones no existen.

Norma 11: Las perversiones sexuales son una forma particular de la mentira. Su inmoralidad en particular se sigue necesariamente de la inmoralidad de la mentira en general.

Norma 12: El adulterio implica necesariamente la mentira. Su inmoralidad en particular se sigue necesariamente de la inmoralidad de la mentira en general.

Norma 13: Dado que toda decisión es fruto de la razón y el sentimiento, todo acto que tienda a nublar la razón y/o envilecer los sentimientos, es inmoral por eso mismo. Entre esos actos hay que destacar: (a) El consumo de sustancias que afectan el juicio y/o los sentimientos. (b) El uso de un lenguaje adulterado y sofístico, dónde nada es llamado por su verdadero nombre ni descripto de modo adecuado a la realidad. (c) Apostar. (d) El consumo de formas de entretenimiento viles y degradantes.

Este código moral me parece suficiente para decidir en todo asunto práctico.

11. Sobre el amor y sobre los “zombis morales”.

Ahora bien; ese código se funda en un único principio, que es la justicia. Pero hay otras acciones que la filosofía ética necesita tener en cuenta que no son abarcadas por dicho principio. Necesitamos tener en cuenta el principio del amor y el principio de posibilidad o viabilidad. Esto ciertamente empobrece nuestra filosofía; pues, como establecimos en el capítulo 5, la verdadera moral no puede tener más que un único principio sin incurrir en absurdos lógicos. Yo logré reducirla a tres principios. Creo que esta investigación es digna de ser publicada, aunque también es claro que admite mejoras posteriores.

El código expuesto en el capítulo anterior refleja lo que es el modo más justo de actuar. Pero ocurre que algunas veces actuamos de un modo que, no sólo no parece seguirse de esos postulados, sino que los contradice abiertamente. Y, sin embargo, no actuamos así por una motivación egoísta repudiable, sino porque nos parece lo más apropiado moralmente. Entre estas motivaciones podemos mencionar la lealtad, la gratitud o el apego a los parientes de sangre. Hasta Cicerón, a quien nadie en su sano juicio puede acusar de ser un relativista moral, dice en su “Sobre la Amistad” que, si un amigo hace algo moralmente cuestionable, se lo debe apoyar en el momento y, más tarde, censurarlo en privado. Le llamaré a esto el “principio del amor”. Las definiciones del amor son en

general un poco confusas. Para lo que nos interesa aquí, lo definiré de modo negativo como una excepción razonable al principio de justicia. Esta puede sonar como una definición extravagante o atípica; pero lo cierto es que así es como se nos presenta el amor visto a través de todos los códigos legales conocidos. Desde luego; el amor no es un puñado de leyes que, en sí, a un alienígena carente por completo de sentimientos, le podrían parecer caprichosas y absurdas. El amor es el sentimiento que conocemos por experiencia propia y que nos lleva a aceptar que se hagan esas excepciones razonables a las normas basadas en el principio de justicia, sin protestar diciendo que son injustas.

“El amor es injusto”, dicen con mucha razón los poetas. Pero lo que no dicen es que la justicia es, a su vez, una forma particular del amor. Dijimos, también en el capítulo 5, que la razón no puede establecer por sí sola lo que es el bien y lo que es el mal. Necesita de la ayuda del sentimiento para reconocer la verdadera moral de cualquier otro código posible, todos ellos igualmente válidos lógicamente. Ahora bien; el principio “matar es malo” es en sí mismo una expresión de amor. Un amor general a toda la vida y a todos nuestros compañeros en la experiencia de existir como seres conscientes de sí mismos en un universo por lo demás indiferente a nuestra existencia. Pero es evidente que ese mismo sentimiento no solo va a expresarse de ese modo genérico e impersonal, que es el que le sirve de fundamento a la justicia, sino también de modo particularmente intenso referido a las personas con las que tenemos un vínculo de sangre, una deuda de gratitud o una afinidad especial por algún rasgo personal suyo. Por lo que, de modo paradójico, sentimos que es “justo” que una persona actúe de modo injusto en esos casos particulares. Si NO lo hace, lejos de inspirar nuestra admiración, lo miraremos con desconfianza y lo despreciaremos.

¿Cuál es la razón de esta aparente incoherencia?

El “amor a la Humanidad” (o, dicho de modo más riguroso, el amor a todos los otros seres dotados de razón y de consciencia con los que compartimos la existencia) es el origen de la justicia. Pero los códigos morales sancionados socialmente como ley, como religión o como costumbre, no necesitan del amor o de ningún otro sentimiento más que para convalidar el código en sí mismo. Por lo que un sujeto en particular puede seguir el código sin tener el sentimiento. Por hábito, por imitar lo que están haciendo otros, o incluso por algún motivo perverso. Le llamo a un sujeto así “zombi moral”, porque su comportamiento recuerda mucho al hipotético “zombi filosófico”. Una diferencia importante entre ambos es que, mientras que el zombi filosófico es sólo un ejercicio mental interesante para reflexionar acerca de la naturaleza de la consciencia; los zombis morales, en cambio, son algo que creo que existe realmente. Otra diferencia es que el comportamiento de un zombi filosófico (un ente igual a un ser humano en todo, pero que no tiene una consciencia) es por definición indistinguible del de un ser humano. El zombi moral, en cambio, se comporta de un modo diferente al de una persona que ama a la Humanidad. Su aplicación del código es automática, indiferente, robótica, incluso cuando NO DEBERÍA serlo. El conflicto entre el amor y la justicia es el tema central de toda tragedia: Orestes mata a su madre obedeciendo las leyes de su ciudad, Antígona entierra a su hermano contradiciéndolas, Enrique V cuelga a un amigo con lágrimas en los ojos y Coriolano perdona a Roma también con lágrimas en los ojos. Cualquiera sea la decisión

que tome el héroe trágico, sentimos su humanidad en el conflicto. En cambio, si alguien en una situación así se limita a obedecer la ley como quien hace un trámite rutinario, sentimos que estamos ante un monstruo.

Un agudo moralista como Plutarco observó, en su “Vida de Quinto Sertorio” que, a veces, un único acto especialmente despreciable pone en evidencia que toda una vida de aparente virtud y nobleza no fue más que un largo teatro, una estratagema sin verdadera substancia. Añado yo que, ese acto, no tiene por qué ser criminal en su naturaleza. Quien se limita a obedecer las leyes y costumbres, como un robot manejando un automóvil, se delata del mismo modo. Pone en evidencia que carece por completo del amor a la Humanidad que sirve de fundamento a toda moral auténtica, dado que no expresó el menor rastro de ese sentimiento allí dónde este debería manifestarse con mayor fuerza.

12. Sobre lo posible y lo imposible.

Necesitamos tener en cuenta todavía un tercer principio. El de lo posible y lo imposible o de la viabilidad.

El principio de justicia establece lo que DEBEMOS hacer, pero no dice nada acerca de lo que PODEMOS hacer. Un dios omnipotente puede regirse sólo por la justicia y el amor; pero, dado que nosotros no somos dioses, debemos tener en cuenta también lo que está dentro de nuestras posibilidades y lo que no lo está. Entre nuestras limitaciones, unas se deben a nuestra naturaleza, otras a las circunstancias en que fueron tomadas nuestras decisiones, tales como: los conocimientos propios de nuestra época, nuestras limitaciones particulares o cuestiones circunstanciales como la urgencia de la situación, entre otras.

Claramente no hay ninguna contradicción esencial entre el “principio de posibilidad” y el “principio de justicia”, porque exigirle a alguien que haga algo que por su naturaleza o por sus circunstancias no puede hacer, sólo tiene de justicia la apariencia.

El vegetarianismo es probablemente la falsa moral más persistente de la Historia. Esto se debe a que, considerado el asunto estrictamente desde el punto de vista del principio de justicia, sin atender a lo posible, sus argumentos son válidos: En efecto, matar animales es un mal. Pero, dado que necesitamos comer carne para vivir, el vegetarianismo es inaplicable en el mundo real.

Entre las circunstancias, una muy importante es la urgencia. Se da el caso de que tuvimos que tomar una decisión de modo rápido, sin estar preparados, e hicimos lo que nos pareció en el momento que era lo mejor. Sin embargo; al meditarlo más tarde con calma, nos arrepentimos de ello. Hay un sentimiento de culpa vinculado a esto; pero es mucho menor que la culpa ante algo que hicimos por pura maldad. Porque nos consolamos pensando que, aunque nuestro juicio fue pobre, nuestras intenciones fueron buenas.

Otra falsa moral notoriamente persistente es el elogio de la “inocencia”. La inocencia es la ignorancia del bien y del mal. Ahora bien; si la ignorancia es un mal, y si la inocencia es

por definición un caso particular de la ignorancia, se sigue necesariamente que la inocencia es un mal.

13. Sobre las virtudes.



Si demostramos que ajustar un tornillo es algo bueno, la bondad del destornillador, es decir: del instrumento que sirve para eso, queda automáticamente demostrada.

Todo lo que es bueno es preferible que exista en el mundo a que no exista. Por lo tanto, todas las condiciones necesarias para que el bien exista son buenas de modo necesario, aunque dichas condiciones no formen parte del bien en sí mismas. Este es el caso de la *valentía*, o voluntad de arriesgar la vida para lograr un objetivo; la *compasión o humanidad*, que lleva a sentir como propios los padecimientos y las alegrías ajenas; la *honestidad*, que lleva a decir la verdad sin considerar las consecuencias de ello; la *templanza*, que lleva a mantener siempre el control de uno mismo y la *inteligencia*, que permite distinguir la verdadera moral de sus falsificaciones.

Pero ninguna de estas cosas es intrínsecamente buena. Su bondad está condicionada a la función a la que sirven. En nuestro ejemplo imaginario, la bondad del destornillador está condicionada a servir para ajustar tornillos, pero no se conserva si ese mismo instrumento es usado para cualquier otra cosa. Digamos: apuñalar a alguien. Del mismo modo, la bondad de las virtudes está condicionada a su función como instrumentos del bien y las mismas cualidades humanas dejan de ser virtudes en cualquier otra circunstancia. Un

criminal puede ser tan valiente como Sócrates. La honestidad sin inteligencia lleva al cinismo vulgar y, la inteligencia sin honestidad, es el origen de toda falsa moral. La compasión sin sabiduría lleva a compadecer a los malos, lo cual es el origen, entre muchas otras cosas, de todas las estupideces sobre el “trato humanitario” a los criminales de nuestra época. Y la templanza se convierte fácilmente en apatía, cuando no está acompañada por una voluntad de actuar ante las injusticias que se observan.

Que las virtudes no son en sí mismas el bien lo demuestra claramente el hecho de que el bien es absoluto, mientras que las virtudes son relativas. Maquiavelo observa agudamente que Fabio era tímido y, Escipión, temerario: y que Roma tuvo la suerte de estar gobernada por cada uno de ellos en el momento en que eran necesarios. Pero que, tanto Escipión en las circunstancias de Fabio, como Fabio en las circunstancias de Escipión, hubiesen llevado a su patria a la ruina. Ahora bien; lo que puede ser bueno o malo según las circunstancias, por lógica, no puede ser el bien en sí mismo.

Puede sonar muy extraño decir que las virtudes no son parte de la moral, pero no lo es. Las herramientas de un carpintero mayormente no son de madera. Las herramientas de un electricista mayormente no son eléctricas. Lo único que estamos diciendo es que las virtudes son las herramientas de la moral.

14. Enseñanza de la moral.

Dado que considero que la moral es en buena medida lógica, y nada más que lógica, mi respuesta a la cuestión acerca de si la moral se puede enseñar o no es un rotundo: Si.

La bondad o la maldad de un juicio se puede demostrar con el mismo rigor con que se demuestra la verdad o la falsedad de un teorema.

Lo que ocurrió con el asunto de la enseñanza de la moral es que se la quiso enseñar “sermoneando” al alumno y, ante el total fracaso de este método, se sacó la conclusión errónea de que la moral no se podía enseñar. Esto es comparable a querer enseñarle a alguien a multiplicar hablándole de la importancia de la multiplicación, poniéndole ejemplos de personas que salvaron su vida o hicieron grandes aportes a la Humanidad gracias a que sabían multiplicar y advirtiéndole de los terribles males que lo acechan si no aprende a multiplicar. A continuación, se le pregunta al alumno cuanto es 3 x 12 y este no lo sabe. Entonces el maestro declara: “No tiene caso: La multiplicación no se puede enseñar”. Cuando la conclusión correcta hubiese sido que su método para enseñar matemáticas apestaba.

La verdadera moral debe enseñarse del modo más adecuado a la capacidad lógica de cada persona, siendo las intuiciones del bien y del mal de la persona un elemento importante en esta educación. No hay contradicción entre la educación moral teórica y el hecho de que tengamos una idea intuitiva del bien y del mal. También tenemos una matemática intuitiva, que nos dice que la diagonal que une los vértices de un cuadrado mide aproximadamente 1,5 o que un cuadrado de lado 8 y un círculo de diámetro 9 tienen aproximadamente la misma superficie. Pero a nadie en su sano juicio se le ocurriría

extraer la conclusión de que esta matemática intuitiva vuelve superflua la educación en matemáticas.

La verdadera moral necesita, para ser efectiva, que algunas virtudes formen parte de la vida emocional y mental del sujeto. Creo que las siete principales son: (1) La capacidad para aplazar la satisfacción de un deseo, (2) El control de los impulsos, (3) La compasión, (4) La valentía, (5) Una saludable auto-estima, (6) Una actitud escéptica moderada, que evite los excesos tanto del nihilismo como de la obediencia ciega a las autoridades, y (7) Una gran inteligencia práctica.

Estas virtudes pueden encontrarse incluso en algunos animales bien adiestrados y no son, en sí mismas, el objeto de la moral. Pero cualquier código moral es totalmente estéril sin ellas.

Entre las virtudes y el código hay la misma relación que entre las piernas y un mapa: es mejor tener piernas y no tener un mapa; que tener un mapa, pero no tener piernas. Pero ambas situaciones son indeseables e imperfectas.

Una correcta educación moral necesita, por lo tanto, tanto enseñar la teoría como fomentar las virtudes necesarias para aplicar de modo efectivo esa teoría.

Por suerte, entre las virtudes y las normas existe una especie de ley de las afinidades: las flores atraen a las mariposas y, el excremento, a las moscas. Quienes poseen las virtudes del auto-control, la compasión, la valentía, la auto-estima, la inteligencia práctica, el escepticismo moderado y la capacidad de demorar la satisfacción de sus deseos; se sienten atraídos naturalmente a los mejores códigos morales que su cultura, su educación y otras circunstancias de la vida pongan en su camino.

15. Las formas del mal.

Autores tan distintos entre sí como Platón, Confucio, Kant o Piaget, dicen que la moral comienza siendo externa al sujeto y después se convierte en interna.

La norma primero es percibida como emanando de una fuente de autoridad externa (los padres, los maestros, los dioses), es aceptada en base a sus consecuencias prácticas egoístas (premios y castigos) y se la considera perfectamente justa y efectiva en su aplicación. Más tarde, cuando se comprenden las razones de las normas morales, esta pasa a ser un sentimiento interno; su autoridad emana de su racionalidad propia y, como se distingue entre la razón por la que la norma existe y las confusas y corruptas instituciones humanas que rigen su aplicación práctica, la justicia humana es considerada imperfecta e ineficiente. La moral, por tanto, pasa de ser heterónoma (la norma es externa) a ser autónoma (la norma es interna).

Ahora bien; dado que, durante nuestra etapa de pensamiento heterónomo, las normas morales no tenían ninguna razón intrínseca para ser aceptadas como válidas, sino que las aceptamos como tales por la autoridad y por el temor a ser castigados, no hay ninguna

garantía acerca de la calidad de esas normas. Idealmente, el desarrollo moral de una persona es más o menos el siguiente:

Recibimos un código moral razonable, pero cuyas razones nosotros somos incapaces de comprender aún; de parte de seres a los que amamos, quienes nos orientan por medio de premios y castigos; nos independizamos de su autoridad a la par que vamos comprendiendo las razones de las normas morales; y, aunque podemos conservar sus justificaciones mitológicas y seguir respetando a las autoridades, el código se sostiene por sí mismo.

Hay tres modos principales en que este proceso ideal puede corromperse: la norma es mala, las personas que la imponen son odiosas o su aplicación es tan obviamente injusta y defectuosa; que la creencia en su perfección es abandonada antes de haber alcanzado la etapa de la autonomía moral. Cada uno de estos caminos desviados da origen a una forma distinta de lo que se ha llamado “el mal”.

Si el código es malvado, cuando el niño crezca le será imposible comprender las razones del código, porque no existen tales razones. Su autonomía moral consistirá simplemente en volverse cínico y despreciar toda forma de moralidad. Las instituciones sociales encargadas de aplicar las leyes serán vistas perpetuamente como externas y sin otro fundamento que la violencia. El grueso de los adeptos a cualquier partido revolucionario utópico pertenece a este tipo humano. Y el grueso de los delincuentes son el mismo tipo humano que el revolucionario utópico: cambian sus circunstancias, no su esencia.

Una forma esencialmente distinta del mal se produce cuando las normas que le fueron impuestas de modo externo al niño son en sí bastante razonables, pero las autoridades encargadas de su educación fueron malvadas o perversas. Cuando la persona se vuelve social y legalmente autónoma, intenta romper todo contacto con sus abusadores de la infancia, a quienes odia justificadamente. El problema es que el código moral que estos le enseñaron (o, quizás, que usaban como pretexto para justificar su sadismo) es abarcado también por ese mismo desprecio. La moral es vista entonces como una forma de esclavitud, lo mismo que la religión, y se identifica el mal con la libertad. El mito de Lucifer refleja esta forma de la maldad. El rebelde luciferino, aunque por regla general cree ser más inteligente de lo que es realmente, al menos suele tener la inteligencia suficiente para comprender claramente algo que el arquetipo del revolucionario utópico no comprende: Que, si los códigos morales son relativos, entonces; ninguno de ellos vale nada. El rebelde luciferino tiene un pragmatismo maquiavélico que le permite escalar posiciones rápidamente dentro de los partidos revolucionarios utópicos, a pesar de ser una minoría en ellos.

Por último, la maldad puede no estar en las normas, ni en las personas encargadas de enseñárselas al niño, sino en que estas hicieron un trabajo tan malo, que la arbitrariedad de la norma se volvió evidente para el niño mucho antes de alcanzar a pensar moralmente de modo autónomo.

El niño adquiere así una falsa autonomía ladina: comprende que puede cometer maldades y escapar del castigo, o incluso obtener una recompensa por ello. El resultado

es en cierto modo el negativo del rebelde luciferino: un sujeto que tiene una moral claramente definida que respeta, a la vez que ama a las personas que se la enseñaron más que a nadie en el mundo, pero que considera que no es aplicable al mundo real. Por la misma razón que rechaza la creencia en la perfección de las autoridades morales (creencia que, si bien el adulto normal debe abandonar en algún punto de su vida, es imprescindible en la infancia para conservar la fe en la perfección de las normas morales en sí mismas), rechazará el dogma teológico de la perfección divina y el principio científico de la inmutabilidad de las leyes naturales. "Las leyes están hechas para romperlas: eso incluye a las leyes divinas y a las leyes de la física", razona. En consecuencia, se interesará por cosas como la brujería, la astrología y similares. Este brujo-místico puede parecer un delirante comparado con el pragmático maquiavelismo del rebelde luciferino; sin embargo, a diferencia de este, no está cegado por el odio al mundo real. La pretendida racionalidad "científica" del rebelde luciferino no es más que una racionalización de su odio por todo lo real. El brujo-místico, en cambio, es emocionalmente indiferente al mundo real, y esto lo vuelve extremadamente eficiente para ver las cosas como son realmente y manipular a las instituciones y a las personas en el mundo. Sujetos como Temístocles, Pedro el ermitaño, Rasputín o Hitler son buenos ejemplos históricos de lo extremadamente hábiles políticamente que pueden llegar a ser los brujos-místicos a pesar de su locura o, quizás, gracias a esta.

El revolucionario utópico ve el mundo como la extensión de su patio de juegos de niño mimado. El rebelde luciferino, como una prisión que odia. El brujo místico lo ve simplemente como una jungla: es ciego para la civilización, como otros son ciegos para el color rojo o sordos para los agudos. El estado de naturaleza es, para él, sinónimo de la realidad.

El mal tiene de modo casi invariable una de estas formas, o bien una combinación de las mismas.

16. Crítica a las tres principales morales laicas.

Sin perder el tiempo con bufonadas grotescas como el "utilitarismo" de Bentham, Mill o Rawl; con esa parodia involuntaria del darwinismo que son los "nuevos ateos" como Richard Dawkins, y su prédica de que los ateos deberíamos imitar las vidas ejemplares de los monos, del mismo modo en que los cristianos imitan las vidas ejemplares de los santos y mártires; o con esa contradicción en términos, ese hierro de madera, que son los "valores morales de izquierda"; hay tres códigos morales, que prescinden de todo principio religioso en sus fundamentos, y que están ampliamente extendidos y aceptados. Vale la pena analizarlos de modo crítico. Estos son la moral escéptica, la moral de la compasión y la moral de la virtud y las costumbres.

Los filósofos que fundan su filosofía ética en el escepticismo radical tienen mayormente como valores la paz, la compasión y la tolerancia. Pero, en buena parte de los casos, el bien y el mal son bastante evidentes incluso de modo intuitivo y el escepticismo radical en ética no está justificado. La paz, la tolerancia, la moderación, la compasión y otros valores

escépticos por el estilo son valores secundarios: que sólo tienen un modesto rol legítimo allí donde existen verdaderos motivos para tener dudas reales sensatas acerca de lo que está bien o mal.

Pero aquello que contradice una proposición moral verdadera, debe ser necesariamente falso. Por poner un ejemplo que está de moda, que es la falsa moral de la igualdad. La igualdad, como objetivo de nuestras acciones, es necesariamente incompatible con la justicia. Ahora bien; como sabemos más allá de toda duda seria que la justicia es un verdadero valor, entonces; necesariamente la moral de la igualdad es un fraude, una falsificación, una pseudo-moral.

La moral escéptica debe su buena fama a que, muchos pensadores ateos, la adoptaron como fundamento para unos principios morales personales, cuyo verdadero origen estaba en la religión cristiana de sus familias y sus comunidades. Buscaban estos autores un código moral que no tuviese ningún postulado religioso, sino que se fundase por completo en la razón, y lo encontraron en alguna variante personalizada de la “moral provisoria” de Descartes. Pero lo que no advirtieron es que ese código moral no los obligaba prácticamente a nada (de hecho, se puede discutir si la moral escéptica obliga realmente a ALGO) y todos sus principios morales reales existían previamente y al margen de ese código escéptico.

La mejor exposición de la moral de la compasión la tenemos en la religión budista. El fundamento metafísico de esa ética es la negación de la “existencia separada” de los seres vivos. Este monismo anímico, por llamarlo de algún modo, se manifiesta en la emoción de la compasión y conduce a una moral basada en el rechazo del egoísmo. Una leyenda budista ilustra esta ética: En ella, un maestro conduce a su discípulo por el mundo mostrándole diversos hechos en donde hay seres vivos sufriendo. En cada caso, el maestro se los señala y le dice: “Ese sos vos”.

Aunque este código moral me parece muy meritorio, veo varios problemas muy importantes en él.

Primero, su monismo anímico iguala como un demagogo cósmico el valor de todas las vidas, cuando es obvio que hay vidas más valiosas que otras. La realidad es jerárquica. Este error teórico no se le pasó por alto ni siquiera a Schopenhauer, quien no fue especialmente crítico en su admiración por el budismo precisamente. Si los budistas no cayeron en la completa locura por este principio moral, es simplemente porque nunca fueron demasiado consecuentes con él: se abstienen así de comer carne; pero, siendo consecuentes, tampoco deberían comer plantas, ni tomar antibióticos, etcétera. Si todas las vidas valen lo mismo, no solo las vidas de los animales valen lo mismo que la de un hombre, sino también las de los microbios.

Segundo, el rechazo radical del egoísmo elimina de raíz la distinción entre los amigos y los enemigos, pues esta se funda en la distinción entre los seres que quieren mi bien y aquellos que quieren mi mal. Y, aunque tenemos en muy alta estima a quien trata de

modo humanitario a sus prisioneros y demuestra compasión por sus enemigos en general, esta admiración está condicionada a que nunca pierda de vista la diferencia entre unos y otros. Si alguien pone la vida de un enemigo por sobre la de un amigo lo consideramos, o un loco, o un traidor.

Por último, como todo sentimentalismo que no esté moderado por la razón, esta moral cae de modo inevitable en el relativismo. Al ver una mosca atrapada en una tela de araña, ¿debería yo compadecerme de la mosca que va a ser cazada, y liberarla, o de la araña que va a pasar hambre si rompo su tela y libero a la mosca?

Aunque la compasión y la empatía son algo importante, incluso imprescindible, en la verdadera moral; esta no puede limitarse a la prédica de la compasión. La razón necesita conducir y moderar nuestros sentimientos, debiendo actuar en ocasiones en contra de lo que nuestros sentimientos, incluso nuestros sentimientos más nobles, nos dicen.

La aprobación social es un fundamento totalmente inútil para un sistema moral. Porque la aprobación social no significa otra cosa que la aprobación de la mayoría de nuestros semejantes. Y esto plantea una pregunta: ¿Por qué esas personas aprueban a X cosa y desaprueban Y?

Esta pregunta tiene solo dos posibles respuestas: O bien ellos se rigen también por la aprobación social, o bien se rigen por algún otro criterio.

Si se rigen todos ellos por la aprobación social, entonces; resultaría que la cosa o la persona que están siendo elogiadas, no reciben esos elogios por otra razón que el hecho de que cada uno observó que el resto la estaba elogiando y no quiso desentonar. En este caso, la moral de la aprobación social no sería otra cosa que el comportamiento típico de un rebaño.

Y, si esa aprobación social es la consecuencia de algún criterio superior que el que rige el pensamiento de las vacas, ¿por qué no adoptar mejor ese principio de modo directo, prescindiendo de una guía indirecta y defectuosa como lo es la aprobación social?

17. Las costumbres.

Una anécdota que cuenta Jenofonte acerca de Sócrates implica la idea de que la crítica moral debe hacerse en tres niveles: la ejecución de aquello que no tuvimos libertad para elegir, la bondad o maldad de nuestro comportamiento dentro del régimen social que nos ha tocado en suerte y, por último, la moralidad o no de dicho régimen. En dicha anécdota, Sócrates elogia a una esclava por haber hecho de modo excelente lo que le ordenaron, después censura a su amo por haberle ordenado eso mismo y, por último, critica la esclavitud ante sus seguidores políticos y filósofos. Esto puede sonar superficialmente como el más puro relativismo moral, pero no lo es. Es simplemente sentido práctico y

enfocar los elogios o las críticas en aquello que la persona tiene la inteligencia para comprender y el poder para cambiar.

Las costumbres pueden agruparse en tres grandes categorías: el trabajo, el ocio y las relaciones interpersonales. En cada una de ellas podemos distinguir dos clases de comportamientos a evitar: los que atentan contra el código moral de modo directo y los que, aunque no son inmorales en sí mismos, fomentan un patrón de comportamiento indeseable. Y una clase de comportamientos que deben ser incentivados: aquellos que crean un patrón de comportamiento deseable.

La elección del oficio es determinada en buena medida por factores sobre los que no tenemos control, como la paga, la posibilidad de acceder a ese oficio, la seguridad, etcétera. Pero, dado que la elección del oficio es una de las decisiones morales más importantes en la vida de una persona, este factor no debe ser tratado como si fuese algo de poca importancia.

Los trabajos que son inmorales en sí mismos vuelven ficticia toda pretensión de tener una ´vida normal´ y virtuosa de quién los ejerce. Esta ficción llevará, primero, a una profunda disociación mental de la persona. Después, a comprender que el monstruo que se es de 9 a 5 es la única personalidad real; y entonces la persona se vuelve consciente de ser un actor representando un papel cuando desempeña su rol de “esposo modelo”, “madre ejemplar”, “buen vecino”, etcétera. La gravedad de esta degradación de la persona dependerá de su personalidad y de QUE TAN inmoral sea su trabajo; pues claramente no es lo mismo ser un torturador profesional o trabajar en una “clínica” de abortos, que ser un publicista o revender productos usados sin hacer muchas preguntas acerca de su origen. Pero el proceso general será siempre más o menos el mismo: primero, la disociación; después, la hipocresía consciente.

Pero, mucho más frecuentes que los oficios positivamente inmorales, son los trabajos completamente inútiles que existen únicamente por la ineficiencia kafkiana de las estructuras burocráticas propias de las sociedades industriales. En el siglo XXI, nos hemos acostumbrado tanto a lo que un economista llamó “pegadores de cinta escocesa”, que nos sorprende enterarnos que la Convención de Ginebra clasifica (correctamente) al trabajo inútil como una forma de tortura.

Yo trabajé personalmente seis años como pegador de cinta escocesa, durante los cuales observé tres modos típicos de lidiar con esa situación: Primero, estaban los que no tenían ningún problema con esa existencia parasitaria y estéril. Estos solían tener adicciones y otros comportamientos auto-destructivos en general. Muchos de ellos tenían también esa actitud bromista y alegre superficial que suele ser, paradójicamente, un síntoma de depresión. Segundo, estaban los que se inventaban que su trabajo tenía alguna utilidad social ilusoria. O sea: pretendían estar haciendo un trabajo de verdad. Estos solían tener también adicciones, ir a seminarios para “mentes de tiburón”, responder correos de la princesa de Nigeria o suscribir los equivalentes políticos o religiosos de una estafa nigeriana. También tenían una gran preocupación por asuntos tales como “eliminar el sexismo en el ambiente de trabajo”, “clasificar la basura de modo ecológico”, y similares:

lo cual, en mi opinión, es un síntoma claro de que en el fondo todos ellos sabían que su trabajo era completamente inútil. En tercer lugar, estaban los que le DABAN sentido a su trabajo considerándolo una parte (la parte de conseguir el dinero) para una actividad que tenía verdadero sentido, generalmente obras de caridad o estudiar una carrera. O los que lo veíamos como un medio para conseguir el dinero para dedicarnos full time a otra cosa y pensábamos irnos apenas lo tuviésemos.

Idealmente, los trabajos inútiles deben evitarse. Pero, si eso no es posible, y dado que pegar cinta escocesa no es en sí mismo algo positivamente inmoral, lo mejor que puede hacer uno es darle un sentido a ese trabajo que no lo tiene convirtiéndolo en parte de otra cosa mayor.

El tiempo de ocio es el que más nos pertenece a nosotros mismos y en el que somos más libres. Es una pena que con frecuencia se lo vea como un mero “descanso” o como un tiempo para consumir entretenimiento.

Una metáfora que me gusta mucho por su falta de pretensiones literarias es que, nuestras actividades de ocio, son al espíritu lo que la comida es al cuerpo. Si alimentamos nuestro cuerpo con comida chatarra, nos enfermaremos. Y lo mismo si alimentamos nuestro espíritu con chatarra espiritual.

Un sofisma que es escuchado muchas veces, cuando se señala lo despreciable que es el mensaje de una película u otra obra de ficción, es que: “Es solo una película, no deberías tomártela tan en serio”. Al que voy a responder con una pregunta: Si una película no es algo importante y no tiene ninguna consecuencia sobre el mundo real, ¿Por qué hay gente interesada en gastar fortunas en producirla y promocionarla para difundir su mensaje despreciable?

Respecto de las formas de entretenimiento que apelan a los sentimientos menos sofisticados de la condición humana, el sofisma más frecuente es que: “La ciencia no ha demostrado que haya ningún vínculo causal directo entre los video-juegos y la violencia real”. Este sofisma es análogo al de los creacionistas que dicen que la biología sólo ha demostrado la “micro-evolución” de bacterias en un laboratorio, pero no la “macro-evolución” de la vida en el planeta a lo largo de millones de años.

Esto es como decir que la física sólo ha descubierto las leyes que rigen la “micro-gravedad” de la caída de una pesa, pero sólo vamos a comprender la “macro-gravedad” cuando podamos mover planetas y galaxias en un laboratorio y, mientras tanto, no sabemos nada acerca del universo. Simplemente, así no es cómo funciona el método científico.

La neurología nos dice que, la actividad cerebral de una persona que ve porno, gore, o juega a un juego de disparos en primera persona, es indistinguible de la de un asesino serial: Y eso es todo lo que necesito saber para tener claro que no quiero nada de eso formando parte de mi vida.

Las relaciones interpersonales, unas nos son impuestas por la naturaleza, otras las

elegimos nosotros. “Al padre se lo debe amar si es bueno y tolerar si es malo”, dice sabiamente Cicerón. Pero no tiene ningún sentido aplicar ese mismo estoicismo a las relaciones que elegimos y que está en nuestro poder terminar si vemos que no son saludables.

18. Consecuencias políticas: (1) Las leyes.

Una filosofía moral no puede ser políticamente neutral sin ser totalmente inútil y profundamente deshonesta intelectualmente. Pero la Historia de la Filosofía nos muestra que se debe ser extremadamente prudentes al aplicar principios morales al análisis de las cuestiones de la política, o corremos el riesgo de escribir un mero panfleto retórico dónde se busque inspirar la indignación moral contra los adeptos a alguna idea que nos desagrada por alguna otra razón.

Este análisis debe ir de lo más concreto, las leyes puntuales, a lo más general y abstracto, el régimen político.

El estado necesita sancionar leyes positivamente inmorales para su supervivencia: El espionaje es quizás el ejemplo más obvio. Pero estas leyes deben reducirse al mínimo indispensable y los legisladores deben buscar, como objetivo ideal, que el código legal sea un reflejo lo más fiel posible del código moral.

Los pioneros de la sociología distinguieron entre el "crimen auténtico" y el crimen meramente "formal". El problema fue que pusieron ejemplos ilustrativos de ambos; pero nunca dieron una definición rigurosa. Crímenes auténticos eran el homicidio, la violación, el robo, ... Mientras que un ejemplo de crimen meramente formal era la prohibición de que las mujeres bebiesen vino en Roma: lo que no podía ser considerado "seriamente" un crimen: aunque estuviese penado con la muerte. La escuela francesa de Durkheim rechazó esta distinción vaga y sin rigor (en lo que tenían razón); pero en vez de buscar un criterio riguroso que se correspondiera con esa distinción de sentido común, lo que hicieron fue declarar que todo crimen era "formal". Un crimen era algo que estaba penado. No es que la desaprobación social no fuese tenida en cuenta: pero se postuló que la pena era la expresión formal de esa desaprobación: y la severidad de la pena revelaba su grado. La moral era una pena de rango inferior: la "mera" desaprobación moral revelaba algo que estaba mal visto, pero no tanto como para estar penado.

Observemos tres consecuencias inevitables de esta filosofía: (a) Lleva necesariamente al relativismo, pues cualquier cosa puede ser un crimen o puede dejar de serlo. Aparece así un verbo extraño: "criminalizar" y "descriminalizar" una práctica. (b) Una sociedad nunca podría ser mala. Por la misma razón por la que el kilogramo patrón no puede no pesar un kilogramo. La sociedad sería la vara de medir del bien y el mal. Pero toda persona en su sano juicio coincide en que existen sociedades nobles y sociedades malvadas. (c) Existen los criminales morales: los que violan la ley formal, no por inmoralidad, sino por razones morales.

En todos los pensadores antiguos nos encontramos con una distinción entre dos códigos diferentes: la ley natural y la ley social o formal. La ley natural era inmanente, eterna y universal; la ley social era convencional, formalizada por un acuerdo o costumbre, y podía ser modificada a voluntad. La teoría del contrato social puede resumirse como la negación de la ley natural y la afirmación de que solo existe la ley formal. Ahora bien; ¿Qué es entonces esa otra ley no escrita que sentimos como un deber y que nos puede llevar a violar la ley formal? Hobbes responde:

El recuerdo difuso de una ley anterior. La obediencia a la ley crea un hábito; la ley consiste en buena parte en el hábito de obedecerla: sin este no vale gran cosa. Cuando la ley desaparece formalmente, el hábito se conserva y seguimos sintiendo que tenemos una obligación de hacer ciertas cosas, aunque eso ya no sea así. Por tanto, no hay diferencia entre naturaleza y costumbre: una naturaleza es una primera costumbre, la costumbre, una segunda naturaleza. Aparece así otro verbo extraño: "naturalizar" y "desnaturalizar".

Esta teoría no resiste una reflexión seria: ¿Puede haber algo que estemos dispuestos a olvidar más rápido que una obligación? ¿Por qué no vemos en los bancos colas de gente tratando de pagar impuestos que han sido abolidos? ¿Por qué esas viejas costumbres son las mismas en todo el mundo? ¿Hubo acaso un imperio mundial prehistórico que sancionó las mismas leyes en todas partes? y ¿Por qué esa costumbre obsoleta no se va desgastando con el tiempo? Los hábitos no son eternos, sino que desaparecen de modo más bien rápido cuando no tienen ya razón de ser.

Todas estas complicaciones filosóficas superfluas se deben única y exclusivamente a una negación dogmática de la ley natural, que nace en el contractualismo y que tiene su nieta psicótica en la ideología del género. La escuela de Durkheim pertenece a una generación intermedia, que ya había advertido los problemas de fondo con esa doctrina, pero todavía no se había hundido en la completa locura.

Pero, si abandonamos ese dogmatismo irracional, todo se vuelve claro como el día: Existe una naturaleza humana. Dado que existe una naturaleza humana, los seres humanos tenemos unas leyes naturales que debemos obedecer. La moral es la mejor expresión DIRECTA de esa ley natural a la que pudimos llegar usando nuestra razón. Los "crímenes auténticos" de Garófalo son actos prohibidos tanto por el código moral, reflejo de la ley natural, como por la ley formal. Crímenes meramente formales son aquellos que están penados (incluso quizás de modo muy severo) por la ley formal, pero que nos son indiferentes moralmente. Cuando la ley formal contradice de modo directo la ley natural, no solo no tenemos la obligación moral de obedecer esa ley: tenemos la obligación moral de violarla. Un régimen que obliga a las personas decentes a convertirse en criminales por razones morales es objetivamente malvado.

19. Consecuencias políticas: (2) El régimen.

La sociedad normal se compone de dos instituciones básicas: El estado y la familia. El

estado es la organización de la fuerza común en nombre de principios compartidos por todos o por la mayoría. O sea: el estado se basa en la justicia.

Pero dentro de esta sociedad de la justicia se reconoce la existencia de otra sociedad, donde la mayoría de los integrantes tienen entre sí lazos de sangre, donde se exige de algunos integrantes sacrificios no compensados de ningún modo por otros integrantes, lo que claramente viola el principio de justicia. Esto establece un set de reglas excepcionales para el estado: Se puede tolerar que alguien encubra un crimen cometido por un familiar, pero no que deje morir de hambre a sus hijos: aunque estos no correspondan de ningún modo a los padres por alimentarlos. Estas excepciones al principio estatal de justicia se fundan en que se da por sentado que las personas tienen un apego especial por aquellos a quienes están unidos por lazos de sangre y/o convivencia hogareña. En otras palabras, la familia se basa en el amor.

La sociedad normal armoniza estas dos instituciones discordantes entre sí: El estado, por un lado, reglamenta las "obligaciones familiares", convirtiéndolas en leyes justas y separándolas de la buena o mala voluntad de los padres; y por otro, limita el carácter excepcional de la familia: obligándola a respetar sus leyes y reconociendo solo algunas excepciones como legítimas. La excepción que representan los lazos familiares con respecto al pacto común de justicia se funda en el presupuesto de que, las personas a las que se ha reconocido un poder excepcional sobre algunos de sus semejantes, actúan motivadas por su amor a estos. Cuando hay muy buenas razones para suponer que ese no es el caso, la excepción se anula y el estado deja de reconocer a un grupo de personas como una familia y empieza a tratarlos como individuos independientes. Más aun, quien usó el poder excepcional que le había dado el estado sobre un semejante para cometer un crimen contra este, suele ser castigado con una severidad extrema.

Esta descripción de la sociedad normal, basada en la justicia y el amor, ha sido lo más genérica posible: conviene lo mismo a la monarquía que a la república y no toma partido por ninguna forma particular de organizar la economía, la milicia o la diplomacia.

Existen dos clases de regímenes políticos anormales, los desviadas y los perversos, dentro de cada una de las cuales hay tres especies.

Los regímenes desviados se basan en la justicia y el amor, igual que la sociedad normal, pero estos se aplican dónde no corresponden.

Pseudo-familias. Una pseudo-familia es una organización que reclama el establecimiento de una jerarquía que viola el principio de justicia, análoga a una familia, pero en la que no existe el principio del amor que justifica esa excepción en el caso de las verdaderas familias. Este tipo de organizaciones pueden ser particulares; los llamados cultos o sectas; o bien ser una institución reconocida por el estado, como el harén de los regímenes polígamos.

Lo opuesto de la pseudo-familia es la *familia justa*, institución propia de sociedades

autoritarias, donde la familia no es reconocida como una entidad distinta del estado, sino como la continuación de este. La familia autoritaria también se funda en el principio de justicia, y no en el amor, como es propio de su naturaleza. Signos distintivos de la familia justa son el uso de metáforas militares para los roles familiares, el reconocimiento del padre como una autoridad militar y la entrega de condecoraciones y otros honores militares a las madres de hijos muy meritorios o muy numerosos.

Cómo estos dos regímenes son dos formas de lo mismo, es lo esperable que tiendan a fusionarse entre sí en una combinación de estado amoroso y familia justa (combinación, irónicamente, tan incoherente como la original y normal), donde el estado no reconoce a los particulares ninguna excepción al principio de justicia fundado en el amor filial, pero al mismo tiempo declara estar fundado él mismo en el amor y, por tanto, exento de toda reciprocidad en el ejercicio de su poder. A este régimen se lo suele llamar "*paternalismo*", pero también podríamos definirlo como un estado-harén ("Toda mujer en mi reino es mi esposa; todo hombre, mi hijo" –Ashoka–)

Los regímenes políticos perversos se basan en los principios opuestos a los que son propios de la naturaleza de cada institución. En este caso, la distinción entre el estado y la familia deja de tener sentido, pues los regímenes perversos son totalmente extraños a las instituciones de la sociedad normal y, si estas siguen existiendo, es al margen y en resistencia contra del régimen. El régimen perverso puede tener su propio estado, con sus "leyes" y "tribunales de justicia", y crear sus propias "familias" como una ficción legal, pero nada de eso tiene un verdadero fundamento.

El *feudalismo* es un código legal basado en el privilegio, y no en la justicia.

Y el *socialismo* es un régimen social basado en el odio, y no en el amor.

Igual que los regímenes desviados, los regímenes perversos tienden a combinarse entre sí. El peor régimen político imaginable es el *feudalismo socialista*, como el que actualmente rige Corea del Norte. En este, literalmente "no puede haber nada bueno"; y, si lo hay, tiene que estar necesariamente al margen y en contra del régimen.



Apéndice: En defensa del cristianismo.

No creo en la existencia del Dios cristiano (ni en la de ningún otro) y hay aspectos de la doctrina cristiana que me parecen extremadamente cuestionables, pero en general mi visión de la religión cristiana es positiva, por lo que su decadencia actual no me inspira la menor satisfacción.

Alguien me dijo que eso se debe a que fui educado en una "sociedad cristiana", por lo que fui adoctrinado para no ver los males del cristianismo y tener una imagen positiva de esa religión.

Nada más lejos de la verdad: Fui adoctrinado desde la más temprana edad en una ideología radicalmente anti-cristiana y condicionado para no ver de esa religión otra cosa que sus males (reales o imaginarios, daba igual). Mi aprecio por esa doctrina no procede de nunca haberme cuestionado "lo que me dijeron mis adoctrinadores de niño". Procede de habérmelo cuestionado e ir comprobando, mentira por mentira, que todo lo que me habían dicho era falso.

Me voy a limitar a comentar cinco mentiras de la propaganda anti-cristiana, las que considero las principales, y voy a ser bastante lacónico al respecto:

Mentira 1: *“Nuestra civilización tiene sus raíces en la Grecia clásica. El cristianismo fue sólo una desviación anormal de ella”.*

Este mito se formó en dos etapas: primero, en una malinterpretación de la cultura clásica hecha por los renacentistas; después, en una malinterpretación del propio Renacimiento por parte de autores de la “Bella Época”.

El redescubrimiento de los clásicos tuvo una fuerte influencia sobre toda clase de artistas y pensadores de la era que sigue a la caída de Bizancio. Pero esos autores leen obras incompletas, mutiladas, con interpolaciones apócrifas, mal fechadas y sin una comprensión adecuada de su contexto histórico. El resultado de esto es “La escuela de Atenas”: en donde pensadores que vivieron con casi un milenio de diferencia conversan amablemente entre sí en un contexto lujoso y algo onírico: que era el modo en que se representaba usualmente el paraíso en la pintura de la época. Sólo una minoría advirtió lo alienígena que era realmente esa sociedad vista con los ojos de una persona moderna. El sistema patriarcal de familia, el homosexualismo y los oráculos fueron algunos de los asuntos más comentados. Pero, aunque los renacentistas admiraban a los clásicos, no dejaban de notar sus limitaciones. Aprendieron de ellos y los imitaron, sí; pero para superarlos. Creo que la imagen más clara de esto es como se imagina Dante a Virgilio: como un maestro y un guía que le muestra el infierno y el purgatorio; pero que no puede seguirlo al paraíso. Este matiz se perdió en ese “renacimiento del Renacimiento” que ocurrió a fines del siglo XIX. Fue allí donde se idolatró a los clásicos paganos y se vio a los renacentistas como los pioneros de una “revolución cultural en contra del cristianismo”. Pero una lectura directa y honesta de los autores del Renacimiento muestra claramente que esa no fue nunca su intención.

Mentira 2: *“La Edad Media fue una edad oscura de superstición, miseria e ignorancia”.*

Ante una afirmación así es imprescindible preguntar algo: ¿Comparada con qué?

Si me responden: “Comparando una cirugía hecha en el año 1.000; con un serrucho, sin anestesia y sobre una tabla de madera llena de moscas; con otra hecha en un quirófano esterilizado y con instrumentos digitales en el 2.000”.

Bueno … Sí ... Sin dudas.

Pero la Edad Media europea fue la sociedad más desarrollada científica y tecnológicamente y con las leyes más justas y más racionales que hubo en todo el mundo hasta esa época. Con una diferencia de varios órdenes de magnitud, comparándola con cualquier otra civilización pasada o contemporánea, tomando como referencia cualquier parámetro objetivamente medible.

Mentira 3: *“Todos los grandes avances científicos se debieron a pensadores ateos, mientras que el cristianismo es radicalmente hostil a la ciencia”.*

Lo más burdo de esta afirmación es su falsificación de la Historia: al declarar como ateos a pensadores que está bien documentado que no lo fueron. Ante los documentos que refutan esta mentira de propaganda, sus defensores suelen decir que “En esa época, todo el mundo tenía que guardar las apariencias en público, pero en secreto, todos los grandes pioneros de la ciencia fueron ateos”. Y, si les preguntamos cómo saben esto, ¿pueden leer la mente, acaso? Nos responderán que “Hicieron grandes avances científicos, así que deben haber sido ateos”. Esto es la falacia de petición de principio más burda que he oído en mi vida.

Ahora bien; cuando se difundió el mito del “cristianismo anti-científico”, mayormente en el siglo XIX, se profetizó que la nueva era del “pensamiento positivo” sería una Edad de Oro de la Ciencia: ahora que esta se había liberado del lastre nefasto de la religión. No hace falta aclarar que esa profecía no se cumplió. El ateísmo, muy especialmente en los países que lo adoptaron como religión de estado, no trajo una edad de oro de la investigación científica, sino todo lo contrario. La investigación científica se fue estancando y, en algunos casos, incluso retrocediendo de modo visible.

Mentira 4: *“Las religiones orientales son superiores a las abrahámicas. Quizás incluso el cristianismo es sólo una rama desviada y deformada del budismo”.*

Como muchos otros disparates modernos, este fue introducido por Schopenhauer y sus numerosas notas a pie de página del siglo XIX, e “izquierdizado” en el siglo XX.

Esta declaración de la superioridad de las religiones de oriente no se funda en otra cosa que en la profunda ignorancia de la mayoría de los que la postulan, y en la no menos profunda deshonestidad intelectual de la minoría restante; como lo prueba el que esa declaración nunca es respaldada con una cita textual. Nos dicen en cambio vaguedades huecas como que “son más espirituales”, o simplemente se inventan esas religiones a su gusto.

Imaginen que leen un artículo que elogia al régimen nazi. Su autor dice que ese régimen produjo numerosas obras de arte de un gran valor estético, que tuvo una arquitectura muy característica, la cual influenció a las construcciones de muchas otras culturas, y que entre sus adeptos hubo destacados filósofos y hombres de ciencia, quienes hicieron descubrimientos muy importantes. Bueno… todo eso es verdad… pero, si ese autor jamás dijera una sola palabra sobre la ideología barbárica de ese régimen y las consecuencias que tuvo esta, ¿No pensarían que están leyendo al hijo de puta más deshonesto del mundo? Pues bien; el 99% de lo que una persona promedio escucha sobre el hinduismo en Occidente es análogo a ese artículo ficticio: Música, pinturas, esculturas, arquitectura, mitología, grandes pensadores… y ni media palabra acerca de que la única razón por la que esa religión existe: justificar el régimen de castas.

El budismo me parece una religión claramente superior. Pero sus puntos más luminosos son, precisamente, aquellos que tiene en común con el cristianismo.

“No se puede servir a Dios y a las riquezas.”

“Suprime tus deseos, que son causa de infelicidad.”

“Si alguien te abofetea en una mejilla, ofrécele también la otra.”

“Responde al hacha con tu aroma, como el sándalo.”

“Ama a tu prójimo como a ti mismo.”

“Ese sos vos.”

Pero, en todos los asuntos en que difieren, de modo casi invariable creo que el cristianismo se lleva el punto. El cristianismo tiende al panteísmo, aunque por razones teológicas nunca dé el último paso en esa dirección. Al ser todo lo real una creación de Dios, el hombre es un huésped en la realidad y es invitado a tratar todo con la cortesía y el cuidado que se espera de un huésped. Para el budismo, en cambio, la realidad es una prisión en donde la única actividad que tiene verdadero sentido es buscar cómo escapar de ella. Por este nihilismo esencial, el budismo es incapaz de tener otra cosa que virtudes negativas: la compasión, la paz, la tolerancia, la amabilidad, … Se desalienta al creyente a comportarse de un modo que haga daño a sus semejantes (incluyendo entre ellos a los animales: único punto en que creo que el budismo es superior al cristianismo), pero no hay en esa religión ningún incentivo para una acción positivamente valiosa, porque todo lo real se considera despreciable en mayor o menor medida.

Ese rechazo de la realidad y el desprecio por la generación que de ese rechazo se deriva lleva también a otra diferencia importante: la valoración de la maternidad y, en consecuencia, la valoración de la mujer. Quizás el marianismo sea la herejía más persistente en la Historia del cristianismo: Evitar que su religión se convierta en un culto a María ha sido una preocupación continua de sus sacerdotes desde que existe. El budismo ciertamente no tiene ese problema. El desprecio budista por las mujeres solo es comparable al de los malthusianistas modernos, que tiene la misma causa.

Respecto del islam, lo único que puedo decir es que es un cristianismo inferior: comparte sus mismas virtudes y sus mismos vicios, solo que sus virtudes están más diluidas y, sus vicios, mucho más reforzados. Su universalismo por regla general no pasa de palabras

bonitas y sus elementos de religión étnica árabe están mucho más marcados. Baste mencionar que, mientras los cristianos adoptaron rápidamente la traducción al latín (la lengua franca de su época) de la Biblia como canónica, los musulmanes se niegan a admitir que las traducciones del Corán siquiera SEAN el Corán.

El paso de las religiones étnicas; con sus “pueblos favoritos”, sus “tierras prometidas” y sus reyes-dioses; a las religiones universales y su moral absoluta; es un progreso de la Humanidad sólo comparable a la aparición del tabú del canibalismo. Y la Humanidad le debe tanto al islam como al cristianismo por ese salto de gigante en nuestra Historia. Pero, en cualquier punto en que se compare a esas dos religiones entre sí (la aceptación de la poligamia, la aceptación de la esclavitud, la persecución a los apóstatas, la justificación de las conversiones forzadas, la iconoclasia), el cristianismo me parece claramente superior.

Mentira 5: *“Les debemos grandes avances sociales a pensadores de la Ilustración y sus apéndices, quienes se opusieron a los dogmas del cristianismo”.*

Desmontar uno por uno los “grandes logros” del izquierdismo da para escribir varios libros: Esos libros ya han sido escritos, no los lee nadie y por eso todo el mundo sigue repitiendo las mismas estupideces. Me voy a limitar a uno sólo:

¿Qué tienen en común Hobbes, Rousseau, Voltaire, Montesquieu y Marx? Respuesta: Todos ellos defendieron de modo inequívoco la esclavitud. Lo más parecido a un rechazo de la esclavitud que encontramos entre los ilustrados es en Adam Smith: quien la rechaza por considerarla económicamente ineficiente, y no por considerarla inmoral.

Pregunta: ¿Cómo es exactamente que le debemos la abolición de la esclavitud a las ideas de unos filosofastros que dedicaron sus vidas a defenderla?

Dígase lo que se quiera de la secta de los cuáqueros y de lo extrañas que son sus ideas: Su importancia histórica en la abolición de la esclavitud no puede ser negada seriamente. El resto de las confesiones cristianas fue mucho más moderado y sus seguidores tuvieron posiciones divididas al respecto, pero gradualmente se fue imponiendo el punto de vista cuáquero de que la institución de la esclavitud era esencialmente irreconciliable con la doctrina del Evangelio.

Respecto de las cosas que SÍ son consecuencia de la Ilustración y sus apéndices, y que debieron ser defendidas venciendo la resistencia del cristianismo para ser aceptadas socialmente: todas ellas han demostrado de modo inconfundible y sin excepción ser males. Baste mencionar el eugenismo, la teoría racial y el comunismo.

Pero quizás lo más profundamente deshonesto de todas las “ideas modernas” sea, precisamente, su pretensión de ser ideas nuevas: algo revolucionario que rompe con la “tradición judeocristiana occidental”. Cuando lo cierto es que todas ellas son sólo un cristianismo incompleto y corrompido:

Mutílese al cristianismo de su creencia en el libre albedrío y la redención y se obtiene el calvinismo.

Preténdase que se puede servir a la vez a Dios y a las riquezas y se obtiene un destilado puro de jesuitismo.

Predíquese: “Dad al Cesar lo que es del Cesar y dad también al Cesar lo que es de Dios” y tenemos el fascismo.

Suprímase la fábula del buen samaritano (que se intentó censurar de la Biblia en EEUU durante la administración Bush) y tenemos todo el abanico de las ideologías identitarias, sean de izquierdas o de derechas.

Niéguese el perdón y tenemos el típico victimismo que caracteriza a todas esas ideologías.

Niéguese la castidad y tenemos la actual idolatría de la perversión sexual (la religión más estúpida de la que hay registros históricos, dicho sea de paso).

Niéguese la fe y tenemos lo que, a falta de otro nombre, llamaré “carlsaganismo”.

Niéguese la esperanza y tenemos el pesimismo schopenhaueriano.

Niéguese la caridad y tenemos el liberalismo.

Niéguese todo y tenemos el marxismo.

Ninguna de esas ideas pretendidamente “nuevas” de los últimos dos o tres siglos contiene ninguna verdad original y ninguna de ellas vale nada: Todas ellas no son otra cosa que cristianismos castrados, estériles e incompletos.

Si vemos los orígenes históricos del cristianismo, puede darnos la impresión de que este no es más que un tutti frutti religioso. Pero eso es sólo su superficie. El cristianismo absorbió elementos de muchas otras tradiciones religiosas, pero los transformó y les dio su propio espíritu. En su núcleo, el cristianismo dice que el universo fue creado por un Ser Perfecto; que los seres humanos somos copias imperfectas suyas llenas de vicios, pero también poseedoras de un alma inmortal y, por lo tanto, capaces de perfeccionarnos y redimirnos. Y eso es básicamente el cristianismo en su esencia: El resto son cuentos de hadas y negociaciones entre reyes y mafias de sacerdotes.

No me preocupa en lo más mínimo la desaparición de la creencia en los mitos religiosos cristianos, porque yo mismo no creo en ellos. Me preocupa la desaparición del marco de referencia moral cristiano. Más aún: tampoco me preocuparía esto si fuera alguna clase de “progreso” a unos “nuevos valores” superiores, como pretenden algunos que es el caso. Creo que el sistema de valores cristianos es el código moral más elevado que ha concebido la Humanidad, pero no lo creo perfecto ni mucho menos. No sólo estoy abierto

a escuchar críticas, sino que yo mismo lo critico con frecuencia. El problema es que, a medida que las obras de San Agustín, Santo Tomás, Fichte, Pascal, … van cayendo en la irrelevancia y se convierten de a poco en esa clase de autores que sólo leen los estudiantes de filosofía por obligación, ¿Qué fue lo que ocupó su lugar? ¿Quiénes son los Grandes Pensadores Modernos, que crearon en los últimos dos siglos el nuevo marco de referencia que todo el mundo da por sentado hoy como “sentido común”, sin advertir siquiera que ese marco es ideológico? Los aduladores palaciegos Rousseau y Voltaire, el pornógrafo Sade, la prostituta Blavatski, el negro literario que escribía panfletos antisemitas por unas monedas Marx, la falsa médica Margaret Sanger, el cornudo complaciente Sartre y su esposa, la acosadora sexual lesbiana Simone de Beauvoir; toda la banda de traidores de la Escuela de Frankfurt, Maharishi Mahesh Yogi y otros dealers espirituales por el estilo, la lesbiana pedófila Judith Buttler o el zoófilo Peter Singer, entre otros.

¡Qué montón de fracasados patéticos!

¡Qué basural humano de completos orates!

Occidente es hoy una civilización enferma, que se inventó un origen ficticio para todas sus instituciones y valores, a la vez que odia lo que es realmente. El verdadero origen de sus valores, costumbres, leyes e instituciones se fue borrando y se pretendió que todo lo bueno en nuestra civilización se lo debíamos a Rousseau y otros filosofastros de la Ilustración por el estilo. El problema fue que esto funcionó siempre y cuando todo el mundo recordara que era mentira.

Lo que se llama hoy “cristianismo” son mayormente las ideas de Rousseau y de Marx, reempaquetadas con un decorado cristiano. La mejor evidencia de esto es que, si le preguntamos hoy a cualquier persona que se auto-percibe cristiana, ¿Por qué no es usted socialista?, empezará a dar rodeos y hacer salvedades, la pregunta le incomodará, nos dirá que muchas cosas del socialismo le parecen buenas, etcétera. Cuando responder a esa pregunta no debería ser más difícil que si le hubiésemos preguntado ¿Por qué no adora usted al Diablo? “–¿Por qué no soy socialista? ´No matarás´, ´No robarás´, ´No codiciarás los bienes ajenos´, ´No darás falso testimonio´, ´´No veas la paja en el ojo ajeno, mientras no vez la viga en el tuyo´, ´Ama a tu prójimo´, … Por eso no soy socialista”.

Y la derecha es hoy tan radicalmente anti-cristiana como la izquierda. Su grupo hegemónico, los anarquistas de mercado, son tan completamente amorales como los marxistas. El resto lo integran misóginos patológicos, neonazis, sionistas, los que podríamos llamar luddistas de derecha y toda clase de chiflados.

Personalmente, lo que más me horroriza de la actual guerra en Palestina no es tanto la brutalidad de las acciones en sí mismas (ninguna guerra se ve bonita), como la inquietante semejanza entre los argumentos con los que la derecha actual defiende la masacre de Gaza y los argumentos con los que los antiguos atenienses defendieron la de Melos. Nos dicen que está bien que Israel invada Gaza, porque es un país rico y bien organizado, mientras que Gaza es pobre y semi-anárquica; por lo que no tiene sentido

que ese país respete ningún acuerdo internacional. O sea: ¿Después de dos mil años, volvimos a ser una civilización donde la fuerza da derechos y los débiles son despreciables? “Judeocristianos” como Jordan Peterson nos dicen que Israel tiene derecho a masacrar a la población de Gaza por los supuestos males que le causaron algunas organizaciones como Hamas. Y yo me pregunto: ¿En qué momento nos convertimos en una civilización donde la venganza es algo digno de admiración? ¿Cuándo dejó de ser esa la principal diferencia que nos separaba de los poetas paganos de las Sagas Nórdicas y otros bárbaros por el estilo?

No me importa en lo más mínimo la desaparición del cristianismo como conjunto de creencias mitológico-teológicas. Mucho menos todavía me preocupa la desaparición de la Iglesia Católica o la de cualquier otra mafia sacerdotal organizada. Pero lo que está desapareciendo en Occidente hoy es el marco de referencia moral cristiano que, por más de mil años, habíamos dado por supuesto como sentido común.

En un pasaje de “La filosofía del tocador”, del Marqués de Sade, un personaje describe cómo será la sociedad occidental cuando el cristianismo haya sido completamente erradicado: El infanticidio será legal hasta los quince años, el estado de guerra será perpetuo, a los niños se les enseñará que amar la naturaleza es más importante que estudiarla y comprenderla: se los alentará a buscar el placer y no el conocimiento (esta combinación de hedonismo e ignorancia se mezclará con una especie de culto religioso laico a la naturaleza), las perversiones sexuales favoritas de cada uno serán un tema de conversación normal como cualquier otro y, cuando alguien envejezca y sienta que sus fuerzas decaen y ya no puede vivir el estilo de vida hedonista común, el suicidio será la forma más normal de terminar la vida. Y, dado que existe en los hombres una tendencia natural a la adoración, los héroes y los generales reemplazarán a los dioses como objetos de culto.

Pues el aborto todavía no es legal hasta los quince años, aunque ya hay leyes que apuntan claramente en esa dirección (Si los padres tienen derecho a castrar a sus hijos o envenenar a sus hijas con hormonas masculinas: ¿Por qué no a matarlos?); y Sade no se dio cuenta de que, en una sociedad degenerada y hedonista como la que describe, aunque en efecto el estado de guerra sería perpetuo, la guerra sería dejada de modo creciente en manos de empresas de mercenarios y, para las masas, sería a lo sumo un espectáculo más. Los ricos y los famosos serían sus objetos de adoración, no los héroes y generales. Pero, por lo demás, esa es una descripción asombrosamente correcta del Occidente del siglo XXI escrita hace más de doscientos años. Y creo que este pasaje oscuro de un libro menor es especialmente interesante porque refuta un mito muy extendido acerca de la Ilustración y las ideas modernas en general: *Esos tipos sabían perfectamente lo que querían.* El mundo actual no es consecuencia de una desviación patológica de esas propuestas, alguna clase de una “tercera ola” que copó y deformó lo que originalmente era maravilloso, un subproducto indeseado, una utopía que se volvió distopía al querer llevarla a la práctica: El mundo actual es la consecuencia directa, predicha y deseada, del éxito de esas propuestas. La principal de las cuales era la eliminación de la moral cristiana.

Dos preguntas: ¿Cuántas veces han escuchado en sus vidas que “Atenas no era una verdadera democracia: porque en ella no votaban las mujeres y porque había esclavos”? ¿Y cuántas veces han escuchado en cambio: “Los escitas contemporáneos de Sócrates y Sófocles no eran una verdadera democracia: porque allí las mujeres no votaban, los hombres tampoco, tenían esclavos a los que mutilaban sistemáticamente, violar mujeres era legal, los aristócratas cazaban campesinos con arco y flecha por diversión, hacían sacrificios humanos y fabricaban monturas de piel humana”?

El rasgo central característico de la deshonestidad intelectual es comparar al mejor con un ideal que se inventó *ad hoc* para ese único fin, a la vez que se cubre de elogios a los inferiores, porque a estos no se los compara con nada. Cuando no existen estándares, todo es perfecto. El llamado “wokismo” es un conjunto de eufemismos y mentiras de cortesía que son tratado de modo ridículo como si fuesen verdad. Por ejemplo: llamarles “pueblos originarios” a los pueblos demasiado estúpidos como para recordar su origen, puede ser un modo amable de hablar. El problema fue que se olvidó que eso era un eufemismo de cortesía y se empezó a creer que los bárbaros tenían realmente una “cultura” que valía algo o, peor todavía, que eran alguna clase de raza superior que merecía tener privilegios legales.

Cuando alguien dice por primera vez “esto está mal”, por regla general él estaba haciéndolo también, como todo el mundo. Proponer un nuevo estándar moral implica confesar la propia culpa. Y quien se atreva a molestar el sueño indolente de la Humanidad con esa impertinencia va a ser castigado ferozmente por esto: mientras que todo el resto sale indemne, porque de todos modos nadie esperaba nada de ellos. Esta es la dinámica de lo que podemos llamar Efecto Dunning-Kruger de las Civilizaciones. Quizás el ejemplo más notorio de esto sea que, las primeras naciones que abolieron la esclavitud por razones morales en toda la Historia de la Humanidad, son tratadas como si fueran las únicas que alguna vez tuvieron esclavos.

Visiten cualquiera de nos innumerables museos del horror del cristianismo y vean la lista de males (reales o ficticios, generalmente una mezcla de ambos) que, dicen, esa religión le ha causado a la Humanidad. Por lo general las Cruzadas encabezan la lista. Hay un consenso general, tanto entre cristianos como entre no-cristianos, en que las Cruzadas fueron lo peor que hizo esa religión en dos mil años. Yo personalmente suscribo esa opinión. Ahora bien; ¿Qué fueron las Cruzadas, describiéndolas de un modo imparcial y adecuado a la realidad? Fueron un breve período histórico de dos siglos en el cual la cristiandad se comportó del mismo modo que todas las demás religiones conocidas consideran que es lo normal. Los musulmanes, los judíos, los hindúes, incluso los “pacíficos” y “compasivos” budistas; no tuvieron nunca cruzadas, porque todos ellos viven en estado de cruzada perpetua.

El tiro al cristianismo fue el pasatiempo favorito de varias generaciones de intelectuales deshonestos: quienes se dedicaron a escribir sus libros sobre "Por qué no soy cristiano" creyendo erróneamente que no había peligro de que esa religión dejara de existir. Pero, en contra de lo que creyeron todos esos niños mimados, el cristianismo no era indestructible. En buena medida, estamos viviendo ya en una civilización post-cristiana.

Cualquiera sea nuestra postura ante esta compleja situación, estamos viviendo en tiempos serios que requieren libros serios. La era de las bufonadas y las pataletas de niños malcriados ha quedado atrás.

--- o ---